

Segunda semana: apasionándose por el Reino

Carlos Rafael Cabarrús, SJ
«Puestos con el Hijo»

I. La dinámica que entraña

Aunque los objetivos particulares de cada meditación se irán presentando en su oportunidad, queremos destacar acá una dinámica general que le comunica la fuerza a toda esta semana de Ejercicios.

Se termina la Primera semana con el coloquio ante el crucificado. El ejercitante formulaba preguntas al Señor. Su respuesta es un grito de dolor desde este mundo de injusticia y opresión. De ahí que Ignacio tenga que mostrar al ejercitante la enorme dimensión de la tarea. La meditación del Reino tiene el efecto de una gran luz y de emulación. Al Señor sufriente –que nos parece más indicado que Jesús paseando «por villas y castillos– ya otros lo ayudan y quizá con más eficacia. Nuestra peculiaridad es que pretendemos hacerlo todo «a la manera de Jesús».

De ahí que se convierte en algo estratégico y táctico conocer profundamente al Señor para más amarlo y poder seguirlo. Siguiéndolo vencemos al mundo y tenemos certeza de victoria. Ignacio, entonces, nos introduce en el proceso encarnatorio, el mismo de la Trinidad. Nos hace primero ver y sentir como lo hace la Trinidad para de ahí encarnarnos como el Hijo. Vienen a continuación las contemplaciones de la Anunciación y el Nacimiento. La figura de María adquiere, por sí misma, relieve. Es casi una introducción nuestra en su seno para poder «nacer de nuevo». Sigue el proceso de la vida oculta, donde pedimos adquirir conciencia del «paso del Señor» que no responde a nuestras premuras y ansiedades de acción. Eso permanece como algo misterioso, pero revelador.

Justo en el umbral de la vida pública, en la bodas de Caná, Ignacio nos presenta la batería de meditaciones típicas suyas.

Parecería como si a estas alturas se pudiera comenzar a desvirtuar la «manera» de Jesús. Esa manera suya, según la cual sólo desviviéndose, hasta la muerte, se trae la vida, el reinado de Dios. Si algo de esto ocurriera, están «las Dos Banderas» que nos aclaran diáfananamente que es imposible una tercera posición con Jesús. Con Él, o contra Él. Ignacio diseña magistralmente ese modelo de discernimiento en donde uno de sus mayores logros –poco explotados por cierto–, es el establecimiento de la «Babilonia». Esta Babilonia y la contraparte de Jerusalén, son los lugares tangibles (espacios, redes sociales, personas, cosas) desde donde opera el mal contra nosotros. La meditación nos aclara los criterios y los campos opuestos de acción. Nos habla en categorías de «vectores» desde donde ponderamos las fuerzas de los agentes de la vida espiritual: el Señor, el mal y, por supuesto, uno mismo y la propia libertad.

Ignacio comienza a hacer énfasis en una táctica espiritual muy importante. La clave de toda espiritualidad, su éxito, está en «dejarse llevar», en pedir «ser puesto». Pues bien, a esto invita, con un triple coloquio, constantemente. Pedir ser puesto con el Hijo y con el Hijo en la cruz.

Si el ejercitante de manera fácil o apoyado en sus propias fuerzas, se ha situado bajo la Bandera de Jesús, Ignacio le propone la meditación de los Binarios, que evalúa la voluntad sobre todo en la elección de «el» medio que sea más eficaz, el que más conduzca a ser puestos con el Hijo.

Dentro de este contexto se ubica el proceso de elección. Y esto no es algo arbitrario. Jesús –a quien estamos aprendiendo a amar y a seguir, conviviendo con Él– experimenta en el Bautismo que le es dada su misión, pero no su concreción. Viene luego la meditación de las Tentaciones, donde acompañamos al Señor en «su» proceso de discernimiento frente a las varias plataformas político–religiosas en boga. El ejercitante es invitado a hacer otro tanto.

Para ello, Ignacio presenta una metodología aguda y precisa para elegir. Elección que, a la larga, no es la del individuo. Se escoge –en buena lógica cristiana– lo que Dios ha deseado para nosotros, sabiendo que eso dará la felicidad personal y contribuirá al bien del reinado de Dios. Se hace patente que «no me eligieron ustedes a Mí, les elegí yo a ustedes» (Jn 15,16). De ahí que lo más importante del proceso de elección sea la «confirmación». En la confirmación el Señor nos brinda sus «razones» por las cuales Él nos ha elegido. Y esas son las que cuentan. La manera como el Señor confirma es, por consiguiente, un lenguaje que hay que saber descifrar, porque allí se evidencian las razones que Él tiene para elegirnos en tal modo de vida o estado [98].

Cabe señalar, con todo, la «importancia de la decisión personal». En la elección conocemos los sueños de Dios para nosotros, pero queda siempre a la libertad personal aceptarlos o no. Sólo si asumimos esa elección como algo propio, como algo que quiero y deseo, se da el acto humano. Entonces podré mantener mi decisión a pesar de las dificultades. De no hacerlo así siempre se podrá plantear la excusa de que en el fondo lo «elegido» se experimenta como impuesto. Por razones prácticas y pedagógicas parece oportuno dedicar el momento de la decisión propia a la altura de la Cuarta semana, desde la experiencia de la resurrección, la cual es la que verdaderamente da fuerza para emprender la locura del seguimiento de Jesús hasta sus últimas consecuencias.

Recibida la confirmación, Ignacio postula la necesidad de hacer un proyecto de vida. Aquí nosotros nos hemos permitido hacer una pequeña adaptación o «traducción». Empleamos la palabra «consigna» para referirnos a lo que tradicionalmente se ha denominado como «elecciones secundarias». Nos parece que el término hace más justicia a lo que de verdad pasa en la vida espiritual. La consigna es la formulación de la moción principal y consistente por la cual Dios ya nos ha estado llevando, nos impulsa y nos garantiza que nos seguirá conduciendo.

Esta consigna es la que nos permite ponernos bajo la Bandera de Jesús. Es el «Tercer Binario», es «el medio que más conduce, porque es Dios quien, por medio suyo», nos está impulsando a un compromiso muy concreto.

Pero esto no es el final. Vienen todavía Tres maneras de Humildad, que para nosotros superan el nivel alcanzable de las «Dos Banderas», en cuanto nos colocan con el pueblo empobrecido; es una «moción histórica» que impulsa nuestro caminar cristiano. Nos abren asimismo a la idea de dar pasos de radicalización en nuestro compromiso. Seguir a Jesús, el compromiso que se siente, la misma consigna, pueden tener varios niveles, varios grados de hacerlos vida. La Tercera Manera de Humildad es la misma consigna llevada a su máxima expresión, a su radicalismo más claro, y, sobre todo, a sus concreciones históricas más retantes.

Este horizonte ideal de la Tercera Manera de Humildad nos hace elegir, por principio, lo más pobre, lo más arriesgado, los mayores detalles en el amor al Señor. Pero nos hace ubicarnos con los pobres y entregarnos a ellos con un talante de «apasionado». La moción espiritual –la consigna– nos acerca al pueblo y su dinamismo –«moción histórica»–; ésta nos agarra y nos radicaliza y despoja hasta poder llevarnos a la misma muerte por la causa de Jesús. Es Jesús mismo en el pueblo sufriente –a donde por principio nos conduce la Tercera Manera de Humildad– quien casi físicamente nos impulsa como moción histórica, para que nos vayamos comprometiendo cada vez más y más hasta la muerte.

La Segunda semana termina en el umbral de la Pasión, vivida ya por en ejercitante en la Tercera Manera de Humildad. Jesús recorrerá, en la Tercera semana, su proceso de muerte y resurrección. El nuestro está abierto y dependiendo del «sí» que digamos a la consigna y el «sí» al pueblo pobre.

II. La preparación para la meditación del Reino

Justo en la víspera de la meditación del Reino, y como mecanismo de «entrada» en la siguiente semana, se puede ofrecer a los ejercitantes una discusión–preparación que les permita sacar a la luz los análisis sociopolíticos que manejan y la manera de extraerles jugo para la contemplación del Reino.

Se ha experimentado cómo el pecado se encarnó en las estructuras injustas y que el perdón implica la tarea y la erradicación de esas estructuras para preparar el advenimiento del Reino de Dios. Todo ello nos ubica, necesariamente, en un contexto sociopolítico. Este trabajo nace de la vehemencia del diálogo con el crucificado: ¿qué he hecho por Cristo? Pregunta a la cual me respondía diciendo: «apacienta mis ovejas» (Jn 21,17), cuida de los más débiles. De ahí que lo político, la preocupación y el trabajo con y por los más pobres se haga el escenario obligado de toda conversión cristiana.

Con todo, los pobres no son sino «empobrecidos» del sistema imperante. De ahí la necesidad para tener en cuenta un análisis que explique bien la razón de ser de estos empobrecidos y desheredados de la tierra. Así también se deben poder contemplar, aunque sea de una manera genérica, las vías de solución, las alternativas de estos nuestros pueblos pobres.

Lo que aquí se propone es extraer, de la manera más adecuada, el análisis operativo que late en el fondo del ejercitante. A continuación damos ciertos elementos que podrían facilitar esta tarea.

1. La problemática del país o de la región

- Datos económicos: tenencia de la tierra, control de los medios de producción, desempleo, salarios, cesta básica, analfabetismo, mortalidad, salud.
- Lo estructural en todo ello: qué fuerzas están en pugna.
- Lo coyuntural: qué matiza la situación presente.
- ¿Cuál es el marco de interpretación de lo que sucede?

2. Los caminos de solución vigentes e históricos

- Enumerarlos por grupos, movimientos, vinculaciones, tendencias
- Los logros de estos movimientos
- Sus fallos y problemas

3. El reto humano

- Ante estas situaciones, ¿qué nos toca hacer como personas conscientes?
- ¿cuáles son las alternativas nobles y justas?
- ¿qué figuras modélicas se pueden presentar?

4. El reto cristiano

- Ante estas situaciones, ¿cuál es la respuesta cristiana?
- ¿cuáles son los documentos básicos sobre el compromiso de los cristianos para la liberación histórica? ¿qué dicen al respecto?
- El papel histórico de la Iglesia institución
- Figuras modélicas que pueden resaltarse

5. ¿Cuál es el «excedente cristiano» en la lucha?

- ¿Hay necesidad de que haya una diferencia?
- ¿Cuál es el énfasis diferente?

Nota: antes de dar los puntos del día siguiente es oportuno que el ejercitante haya leído detenidamente el texto de Ignacio [91–100].

III. El Reino de Dios

La Primera semana terminaba en el diálogo con Cristo. Se preguntaba qué debíamos hacer por Cristo y, en efecto, Él contestaba: «cuida de los débiles», recuperándonos así desde la flaqueza de nuestro pecado. En definitiva «cuida de los frágiles y débiles» es el grito del mismo Cristo entre los empobrecidos y desposeídos de la historia. La respuesta a la pregunta tenía que ver, por tanto, con el quehacer histórico de los cristianos.

Una de las gracias recibidas en la Primera semana consistía en percatarnos de la conexión profunda entre el pecado personal y lo que mata a Jesús. Pues bien, el Señor sigue muriendo en la actualidad y sobre todo en Latinoamérica.

El sentido de esta meditación ignaciana es doble. En primer lugar, resaltar la comparación entre los dos proyectos para provocar la emulación, y en segundo lugar, encuadrar el llamado de Cristo en la historia, no en la sola experiencia intimista de la oración.

Ignacio imprime a esta meditación –muy trabajada por él, ciertamente– los colores y sabores propios de su época. La comparación que presenta hace soñar con las gestas de los cruzados. Asimismo, Ignacio hace aparecer a Jesús caminando entre «villas y castillos» [91].

Nuestra comparación debe tener una relación con lo que en la actualidad se puede tomar como una «gesta», como una gran empresa por la cual vale la pena gastar la vida. El modo como se entregan sobre todo muchos jóvenes a los movimientos de cambio nos puede servir de punto de comparación. De ahí que tomemos el «compromiso militante en organizaciones populares» como el «ejemplo». La razón de fondo para esta elección es que el llamado nos lo hace Cristo desde el mismo dolor del pueblo. Esta gente empobrecida convoca también a un sinnúmero de personas de buena voluntad quienes «ofrecen sus personas al trabajo». Esto permite que haya un punto de convergencia con ellos –el reto de la injusticia– y que su vida u actividad se vuelva desafío. El ejemplo tiene más resonancia en los lugares donde la injusticia ha cobrado muchas vidas y ha cerrado muchos caminos. Eso quizá lo hace claro para ciertos países. Pero una «gesta» no puede ser algo ahistórico.

1. El compromiso en organizaciones populares: el ejemplo

Propiamente acá no hay una petición. Hay que querer dejarse impresionar por el ejemplo generoso de los que emprenden la empresa. Puede tomarse el ejemplo de algún amigo, familiar o conocido, de un personaje histórico, que se haya lanzado a la empresa para querer cambiar las estructuras injustas, y que no haya sido su fe la que lo haya lanzado a ello.

- El «análisis» que hace esta persona de la situación: hay estructuras injustas, hay opresión, hay hambre. Se han cerrado muchas vías de expresión y acción.
- La «meta»: establecer una sociedad nueva, igualitaria, desde la perspectiva de las necesidades de los pobres, que responda a las necesidades del pueblo.
- Los «medios» para llegar a eso: la organización popular.
- La «razón última» del compromiso: el sufrimiento del pueblo.
- La «manera para hacerlo»: teniendo en cuenta los intereses de la mayoría.
- Las «exigencias»: para integrarse, para posponer todas las cosas por la causa. Dispuestos a dejarlo todo: compañera, carrera, modo de vida. Sobre todo a morir en cualquier momento.
- ¿De dónde proviene la «invitación» para semejante empresa? Del dolor del pueblo y de las exigencias de la propia conciencia. Por ello, se está contento de sufrir con el pueblo: «comer y vestir como él» [93].

Quien no sea «perverso caballero» [94], debería aceptar la invitación o, por lo menos, tener admiración y respeto, los cuales se traducirían en algo de «colaboración».

2. El proyecto del Reino

Petición: no ser sordo, sino presto y diligente a su llamado [91]. Comparándose con el reto que presenta el caso anterior, verificar cómo este proyecto implica más y «es el que, de hecho, se nos ofrece a nosotros». Esta invitación se hace para todos los cristianos. No es todavía un

momento de elección para la vida religiosa, sino para ser cristianos de verdad. Ha habido muchos seguidores y esos son nuestros grandes santos. En la actualidad serían Mons. Romero. Jesuitas como Rutilio Grande, Luis Espinal, Fernando Hoyos, Carlos Pérez Alonso, Guadalupe Carney. Todavía más recientemente, el ejemplo de martirio de nuestros compañeros jesuitas de la UCA, en El Salvador, quienes dieron ejemplo de un compromiso cristiano, unidos afectiva y efectivamente a la lucha de los pobres, en la búsqueda de una verdadera paz con justicia, desde la perspectiva de los empobrecidos y cuya sangre quedó también vinculada a la misma sangre del pueblo, gracia verdaderamente muy especial para la Iglesia. Y el sinnúmero de delegados de la Palabra y de cristianos de base que ofrendan sus vidas cada día por la implantación del Reino.

- El «análisis» que debe hacerse implica el anterior y además el connotado teológico: la Trinidad está rota, la gloria de Dios está en juego. Cristo sigue muriendo hoy.
- La «meta» supone también lo dicho antes, pero el socialismo nuevo sería sólo un paso para la resurrección de Jesús, para la instauración del Reino.
- Los «medios» suponen los anteriores, pero con la dedicación para inyectar el «el hombre y la mujer nuevos» tanto en el corazón individual como en las estructuras.
- La «razón última» de toda esta empresa: los hermanos mueren, Dios está muriendo.
- La «manera» para realizar el trabajo: supone lo antes dicho, pero haciendo todas las cosas a la «manera de Jesús», quien ha vencido al mundo, y allí está nuestra certeza para triunfar.
- Las «exigencias» concomitantes: suponen las otras, pero, además, estar claros de que Dios es mayor y me puede pedir todo, sin límites, el celibato, por ejemplo. La disposición entonces es a la muerte real y también a la «ambigüedad». No es fácil entender a un cristiano así, ni la revolución ni la Iglesia institución lo comprenden a cabalidad.
- ¿De dónde proviene la «invitación» de esta empresa? Cristo nos llama desde el dolor del pueblo. El Padre nos lo pide, el Espíritu alienta. Es el único camino para resucitar. Es Cristo quien nos dice: «porque siguiéndome en la pena me siga también en la gloria» [95].

Los que tuvieron «juicio y razón» [96], ofrecerán sus personas. Hay otros que «más se querrán afectar» y harán ofrecimientos de más entrega y trascendencia: «mayor estima y momento» [97].

- Meditar la oblación que pone Ignacio [98].
- Darse cuenta que este ofrecimiento implica matar al hombre viejo, actuar «contra su amor carnal y mundano» [97].
- Percatarse de los tres verbos: quiero (voluntad), deseo (sensibilidad) y es mi determinación deliberada (se ha ponderado bien el asunto) de «imitaros».
- Percatarse de la estrategia fundamental: pasiva actividad, «ser puesto», si Él quiere. «Queriéndome vuestra Santísima Majestad elegir y recibir».
- Traducir qué significan vituperios, injurias, «toda pobreza así actual como espiritual», etc.

3. Repetir el mismo texto, sobre todo el coloquio

Si comparamos la tarea cristiana comprometida con la primera, tenemos lo siguiente:

- La tarea es más complexiva.
- Implica mayor radicalidad: se pone más en juego.
- De ordinario se tiene que realizar con gente menos buena, más frenada institucionalmente.
- Esto exige, claramente, tiempo completo y plataformas que lo apuntalen.
- Es Dios el que llama: desde los pobres, no desde la organización. Cuya gracia es perdonar. Que actúa con «moiseses» débiles y pecadores. Que es misterio y no dogma, es mayor.
- Se nos invita a grabar el nombre de Dios en una historia que proseguirá su proceso con la Iglesia o sin ella.
- Todo ello no por voluntarismo, sino por gracia.
- Y en la lógica de la muerte-resurrección.

Textos para ayudar:

Mt 5; Is 49,1-6; Lc 4,14; Jn 15,8-17; Sal 72.

Misa:

2Tim 2,1-13. Ofertorio: «Eterno Señor» [98]

En el caso de los religiosos formados, habrá que buscar que se les haga presente una gesta digna de emulación, pero no dentro del horizonte necesariamente religioso. Podría ser ésta la ocasión para examinar, de un brochazo, su proyecto apostólico, su tarea, su dedicación y hacer que estos se midan con la gran tarea de contribuir con el establecimiento del reinado de Dios, en las circunstancias concretas.

Es también ocasión para cotejar el análisis sociopolítico que subyace en cada uno con el proyecto del Padre (Is 58,6-12), con el pecado (causas y consecuencias) y con la tarea de cuidar de los débiles. Ignacio quiere provocar garra. Puede ser útil también dejar resonar «los primeros deseos» de cuando se abrazó esta vida y recordar el «amor primero» (Ap 2,4).

IV. La encarnación

Terminábamos la jornada anterior con la meditación del Reino. Allí Ignacio nos había propuesto, de golpe, toda la tarea. Era como una obertura que anuncia –con sus notas más sobresalientes– todo lo que se armonizará después. Allí ya quedaba claro que para poder realizar esa tarea había que hacer las cosas «a la manera de Jesús», quien había vencido al mundo. Por tanto, se hacía estratégico y táctico conocerlo íntimamente para poder seguirlo y así también ejercer la acción liberadora. Ese conocimiento interno, ese co-sentir con Cristo sólo se logra, sin embargo, después de una conversión –fruto de la Primera semana– e implica «nacer de nuevo».

La Segunda semana es el largo y lento proceso que nos invita a nacer de nuevo haciéndonos «convivir con Jesús».

El papel de las contemplaciones de la Encarnación y de la vida oculta es, precisamente, desarrollar el proceso de ser engendrados de nuevo, como sujetos diferentes, partícipes ya de la humanidad nueva.

El objetivo de la Segunda semana es el conocimiento de Jesús. Esto se logra a veces por un «chispazo», por una iluminación, sobre la vida del Señor. Sin embargo, a veces, lo conocemos más por el «modo» como nos va llevando. Tenemos que poner mucha atención en la pedagogía que establece con nosotros (consolación, prueba, tiempo tranquilo, etc.) y por las mociones que nos presenta. De todo ello se puede deducir cómo es el Señor.

En esta semana se da una variación en las adiciones [130]. Es momento también para evaluar el modo de haberlas puesto en práctica. En este tiempo Ignacio recomienda que se lean algunas vidas de santos o algunos libros sobre Jesús que alimenten –más que servir de estudio– al ejercitante. Dentro de este contexto sugerimos la lectura espiritual pausada del «Diario espiritual» de Ignacio, que puede revelarnos mucho de su propia y espontánea experiencia de Dios.

V. Notas sobre la contemplación

Durante la Segunda semana Ignacio invita al ejercitante a «contemplar» los misterios de la vida de Jesús. Hablar de contemplación es hacer énfasis en otra cosa diferente a la meditación o a las «consideraciones». El ejercitante está muy acostumbrado a las meditaciones donde se ejercitan las «potencias», las capacidades racionales del sujeto. Ignacio asocia la contemplación a los «misterios» (pasajes del evangelio). El misterio de la vida de Jesús debe penetrar y profundizar la contemplación. La contemplación es un ejercicio de la sensibilidad y de la intuición y tiende a provocar la intimidad. Se basa en aprender a ver y a oír el evangelio desde toda mi personalidad.

Algo se incorpora realmente a nosotros cuando se ha incorporado a nuestra sensibilidad. Nosotros no tenemos la «sensibilidad de Jesús», de ahí que Ignacio nos invite no sólo a conocerlo y amarlo, sino a sentir lo mismo que Él sentía. Si nuestra sensibilidad llega a ser un día la de Jesús, nuestro comportamiento va a ser el de Jesús. Estará resuelto nuestro seguimiento al Señor. No basta pensar como Jesús, lo que más importa es «sentir» como Él sentía. De allí lo ilusorio de una opción por los pobres emanada únicamente desde la voluntad. La sensibilidad que esta opción requiere no se improvisa. Supone un contacto hondo, largo, con el «modo de Jesús», sobre todo, en su forma de sentir y enfocar la realidad.

1. Aplicación de sentidos

Por eso Ignacio sugiere hacer también la «aplicación de sentidos» [121. 248] regularmente al fin de una jornada cuando se está contemplando un misterio de la vida de Jesús. El supuesto es que no sentimos como Jesús. De ahí que ponernos a «aplicar los sentidos» sea una manera de profundizar más y dejarse habitar por lo antes contemplado. Sólo incorporamos realmente algo cuando se incorpora a la sensibilidad, decíamos. El objetivo de tantas repeticiones de las contemplaciones y luego la aplicación de sentidos es apartar todo lo superfluo y quedarse con lo que más alimenta y puede asimilarse mejor. Y esto supone repetición de actos de manera sensible.

La aplicación de sentidos, como la contemplación, es un medio para lograr el fin pretendido: conocimiento «interno» del Señor para más amarlo y seguirlo. El modo de hacer esta aplicación es añadiendo los sentidos restantes (gusto, olfato, tacto) al «ver y oír» de la contemplación, intentando experimentar –con todos los sentidos– la misma divinidad.

2. El camino de la contemplación

- Me introduzco como partícipe: «como si presente me hallase». Que mira: personas, escenas. Que escucha: lo que hablan y dicen. Que contempla lo que hacen [116–118]. Que reflexiona para sacar algún provecho.
- El talante de mi presencia. Cercano, inmerso en la escena. Concreto, no en generalidades. Humilde, «como un pobrecito, esclavito indigno». Para tomar partido: sirviéndoles en sus necesidades.
- La metodología: leer detenidamente varias veces el texto. Pedir ser incluido, ser captado por la Palabra. En la aplicación de sentidos: ponerlos todos en juego, traspasando a la dimensión de lo divino.

Nota: Podría ser oportuno explicar los diversos Modos de Orar [238–260] y el papel de los preámbulos de la oración. Especialmente el de la «composición del lugar», como ayuda para afinar la imaginación a lo que se meditará u orará. Asimismo puede ser de gran ayuda escuchar las grabaciones de «Un tal Jesús», sobre todo para preparar el ambiente de la aplicación de sentidos. Nuestra experiencia es que viene muy bien a este propósito.

3. La encarnación [101]

Petición: conocimiento interno para más amarlo y seguirlo [104]. Sobre todo en su capacidad de engendrarse y de tomar partido.

Preámbulos: esta contemplación ha sido muy trabajada por Ignacio, la coloca dentro de una tónica de discernimiento, que lleva a la Trinidad a tomar opciones concretas, asumidas hasta las últimas consecuencias. Lo que Ignacio resalta con mucha eficacia es, en primer lugar, el contraste y la lucha que existe en el mundo y, en segundo lugar, el interés de mirar, ver y oír como la Trinidad. Se nos invita a mirar como Dios y a optar como Dios: encarnándonos. Algunas consideraciones:

- Mirar, sentir y oír de Dios [106–109]: retomar Ex 2,23–25 y 3,7; resaltando el «sentir de Dios». Pedir cernir nuestra mirada como Dios, sobre las injusticias y opresiones actuales que azotan a nuestros pueblos.
- La opción de Dios: que el Hijo se encarne. Tomar el Prólogo del evangelio de Juan. Resaltar cómo el Hijo entra en un mundo conflictivo. En un mundo que les es hostil, hay una aversión hacia Él. Un rechazo comparable al que puede haber en el seno de una madre.
- Percatarse de la solidaridad del Hijo con la historia de un pueblo pobre y sobre todo pecador. Hay que recordar que lo que no se asume no se redime. Sólo porque Jesús asume la pobreza, ésta adquiere dignidad y posibilidad de ser superada. Tomar la genealogía de

Mt 1,1–17. sabiendo que las genealogías (distinta a la de Lucas, por ejemplo) son pretendidas y buscan destacar mensajes. Trae mujeres en la lista: subversión a la Ley. Además tiene prostitutas: Jesús nace del pecado. Y extranjeros: dimensión universal de Jesús.

- Pedir tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Tomar Flp 2,5–11. amarlo y creer en Él, aunque no lo vemos (1Pe 1,8).

4. La anunciación

Petición: conocimiento interno de Jesús, quien ama lo sencillo y pobre. El texto base es Lc 1,26–38. algunas consideraciones:

- La participación de Dios en la historia exige la anuencia humana. ¡Está condicionado a nuestra voluntad!, por así decirlo.
- Momentos personales en apariencia intrascendentes acuñan y matizan la historia.
- Dios escoge la sencillez, lo femenino, lo débil. Dios va a dejarse labrar por la mujer. Dios se pierde en lo débil. Dios es mayor porque se hace menor.
- Dios pide lo humanamente imposible: ¡Parthenos Theotokos!
- Las confirmaciones de Dios siempre tienen algo de paradójico: la estéril dará a luz. ¡Dios es la paradoja!
- Respuesta de María: aquí está la esclava.

5. El nacimiento

Petición: la misma. Nacer con Jesús. Tener la mirada desde los pobres. El texto base es Lc 2,1–20 [110–117]. Algunas consideraciones:

- Nace en condiciones menos que humanas. Borrar romanticismos. La comparación actual, nace en la fuga de los refugiados.
- El anuncio no se hace a los poderosos, sino a los pastores.
- Las señas de Jesús: niño, en un pesebre, en pañales. La debilidad, la desnudez, la pobreza.
- Hacernos esclavitos indignos y estar al servicio.

Misa: Flp 2,5–11; Lc 2,1–20.

VI. **María, forjadora del hombre-Dios**

Pedir a Nuestra Señora que nos ayude a conocer y comprender a Jesús para más amarlo y seguirlo. Pedirle que no sólo nos ponga «con» el Hijo, sino que nos haga «como» el Hijo.

1. La raigambre profética de María

Canto de María: Lc 1,46–55. Algunas consideraciones:

- Es uno de los textos más radicales del Nuevo Testamento.
- María es heredera del «resto de Israel», su fruto más florido (Cf. Sof 3,13).
- Retomar el canto de Ana, madre de Samuel (1Sam 2,1–10).
- Formaría a Jesús dentro de las tradiciones más típicas de su pueblo, el «Shema»: “Escucha Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno” (Dt 6,4).
- Toda la formación hacia Jesús estaba encuadrada en la imagen del siervo de Yahvé, pintada por Is 42,1–9.
- La experiencia del Padre que le comunicó a Jesús es la que describe en su canto: un Dios del lado de los oprimidos. En este sentido, ella es la «culpable» de las ideas que llevaron a la muerte a Jesús.
- ¿Cuáles han sido mis imágenes de María? En el coloquio le pediré que nos forje como lo hizo con Jesús.

2. María, testigo de un Jesús conflictivo y paradójico

El texto base es la presentación en el templo (Lc 2,22–38). Algunas consideraciones:

- Desde el anuncio del Ángel, María tuvo problemas: ¿cómo explicarse todo eso?
- Luego vinieron los problemas con José (Mt 1,18–25).
- Luego el mismo episodio de la visita de los sabios de oriente: desconcierto, universalidad de Jesús dentro de un contexto tan judío (Mt 2,1–12).
- Luego se lo declara como señal de contradicción en Israel. A ella misma una espada le atravesaría el corazón (Lc 2,35).
- Luego la escena del templo. La zozobra, la respuesta de Jesús (Lc 2,41–50).
- María, la que no temió lo ininteligible de Jesús y no lo manipuló.
- ¿Qué es lo que más me cuesta entender de Jesús? ¿dónde me hace conflicto?

Pidamos a María que nos explique a Jesús, que nos lo haga comprender. Sobre todo que, en el seguimiento de Jesús, la clave de interpretación es lo pascual: la muerte trae vida.

3. María perseguida con y por Jesús

El texto base es la huida a Egipto (Mt 2,13–15). Algunas consideraciones:

- María desde el comienzo empieza a padecer, con Jesús y por Jesús, la persecución. Herodes intenta matarlo. Meterse con Jesús es entrar en el conflicto. Jesús como «exilado político». Sólo lo que se asume puede ser redimido.
- Matán a los débiles a causa de Jesús (Mt 2,16–18). Luego Jesús morirá por los débiles.

- María solidaria con el dolor de la humanidad, desde la comprensión del sufrimiento que tiene que ver con Jesús.
- ¿Cuánto acepto, ahora, que seguir a Jesús es meterse en líos y estar dispuesto a sufrir incomprendimientos y persecuciones? Pidamos a María en el coloquio que nos explique y nos convenza de que amar a Jesús va a implicar también persecución y dificultades.

4. La «discreción» de María

Algunas consideraciones:

- Todo cuanto veía y oía lo guardaba en su corazón (Lc 2,51).
- Ella viendo cómo Jesús crecía en fuerza, en gracia, delante de Dios y de los hombres. Ella, guardando su lugar.
- Su función: estar en los momentos claves, nacimiento, inicio de la vida pública y en la cruz.
- Recoger mi experiencia (o falta de ella) con María. Terminar en el coloquio pidiéndole que ella me ponga a Jesús en los momentos claves de mi vida. Que me acompañe en mi caminar. Que me forje como Jesús. En la misa privilegiar el texto Lc 1,46-55.

VII. La formación de Jesús

La necesidad estratégica de captar el «modo de Jesús» nos ha llevado a pedir nacer con Él e ir adquiriendo sus mismos sentimientos. Este día está dedicado a compartir su lento proceso de maduración humana en la gestación del hombre nuevo.

1. La formación en la existencia humana

La petición: pedir conocimiento interno para saber esperar la hora. Aprender de Él cómo tomar en serio la existencia. Cómo desarrollar lentamente el hombre nuevo.

- Lo primero que tenemos que tener en cuenta: la absoluta falta de información sobre este período de Jesús. «Ése» es el dato.
- Jesús vivió en Nazaret, un rincón oscuro y desconocido de Israel nunca mencionado en el Antiguo Testamento. La aldea no tendría más de cincuenta familias. Por estar en una colina, la gente utilizaba las grutas excavadas en las laderas. En lo político, la región era nido de activistas guerrilleros, que organizaban periódicamente revueltas contra los romanos. Nazaret era muy poca cosa y, además, una aldea con mala fama, lugar inverosímil para que de él surgiera el Mesías (Jn 1,46).
- Sabemos que cuando Jesús comenzó su predicación tenía unos treinta años (Lc 3,23).
- Que había tenido un lento crecer y madurar (Lc 2,52) y que su oficio era el de un artesano (Mc 6,3). La palabra que utilizaba Marcos es «chapucero». Jesús arreglaría cosas tanto de madera como de hierro. Sembraría y recogería los frutos de la cosecha como peón eventual.

- Fue su vida oculta un ejercicio de la pasividad frente a las «urgencias» del Reino. En el ambiente político ideológico había una gran expectativa por la llegada del reinado de Dios y la liberación de los romanos. Varios grupos político-religiosos abanderaban esta causa.
- Básicamente, su tarea, entonces, fue ahondar en lo humano y lo divino, haciendo las cosas sencillas de manera sencilla. Con su ejemplo, Jesús nos declara que el mundo se redime en el trabajo más ordinario y productivo: ¡treinta años de trabajo manual! Con esto conoce a la humanidad sufriente desde el trabajo y el dolor.
- Tomar Heb 2,10–18. meditar este texto en el contexto anterior. Descubrir la finalidad de todo: «pues, por haber pasado Él la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora la están pasando».
- Jesús, en su vida, nos enseña a tomar en serio nuestra existencia y a aprender a caminar al «paso de Dios» que no es igual al nuestro.
- ¿Cuál es mi aprecio por el trabajo manual y productivo?
- ¿Cómo dialectizó la urgencia del Reino y el proceso de formación del hombre nuevo? Le pediré al Señor conocerlo, especialmente en todo este período lento y pasivo, a pesar de las urgencias del Reino.

2. El carácter de Jesús

Pedimos conocimiento interno de cada uno de sus rasgos y del proceso por el cual los desarrolló. Los textos bases son Mt 5,2–12: Lc 6,20–26: las Bienaventuranzas y las «Malaventuranzas». Algunas consideraciones:

- Cuando Jesús comienza su predicación en el sermón del Monte expresa una serie de ideas, de profecías, que tenían que tener un soporte en su misma personalidad y vivencia. Aunque las Bienaventuranzas no tienen sentido una por una, sino en conjunto como señales del reinado de Dios, parece que para efecto de entresacar el «rostro» y carácter de Jesús, pueden ser elocuentes. De ahí que una lectura pausada e inquisitiva de las Bienaventuranzas y maldiciones nos pueda brindar ayuda para conocer su carácter.
- Puede también servir para este propósito, simplemente seguir la «invocación» del P. Arrupe en el «Modo nuestro de proceder».¹

¹ «Señor: meditando el modo nuestro de proceder he descubierto que el ideal de nuestro modo de proceder es el modo de proceder tuyo. Por eso fijo mis ojos en Ti (Heb 12,2), los ojos de la fe, para contemplar tu iluminada figura tal cual aparece en el Evangelio. Yo soy uno de aquellos quienes dice san Pedro: “a quien aman sin haberlo visto, en quien creen aunque de momento no lo vean, rebosando de alegría inefable y gloriosa” (1Pe 1,8).

Señor, Tú mismo nos dijiste: “les he dado ejemplo para que me imiten” (Jn 13,15). Quiero imitarte hasta el punto de que pueda decir a los demás: “sean imitadores míos, como yo lo he sido de Cristo” (1Cor 11,1). Ya que no puedo decirlo físicamente como san Juan, al menos quisiera poder proclamar con el ardor y sabiduría que me concedas, “lo que he oído, lo que he visto con mis ojos, lo que he tocado con mis manos acerca de la Palabra de Vida; pues la Vida se manifestó y yo lo he visto y doy testimonio” (1Jn 1,3; Cf. Jn 1,14; 15,27; 20,25,27; Lc 24,39).

Dame, sobre todo, el «sensus Christi» (1Cor 2,16) que Pablo poseía: que yo pueda sentir con tus sentimientos, los sentimientos de tu corazón con que amabas al Padre (Jn 14,31) y a los hombres (Jn 13,1). Jamás nadie ha tenido mayor caridad que Tú, que diste la vida por tus amigos (Jn 15,13), culminando con tu muerte en cruz el total abatimiento (Flp 2,7), «kenosis», de tu encarnación. Quiero imitarte en esa interna y suprema disposición y también en tu vida de cada día, actuando, en lo posible, como Tú procediste.

- Jesús, el que eligió ser pobre, el trabajador.
- El de buen carácter, de buen corazón, el misericordioso.
- El de corazón limpio, que veía a Dios.
- El que muchas veces lloraba por penas y dificultades.
- El que engendraba paz.
- El que había sido ya perseguido por la justicia.

Enséñame Tu modo de tratar con los discípulos, con los pecadores, con los niños (Lc 17,16), con los fariseos, o con Pilatos y Herodes; también con Juan Bautista aun antes de nacer (Lc 1,41-45), y después en el Jordán (Mt 3,17). Como trataste con tus discípulos, sobre todo los más íntimos: con Pedro (Mt 10,2-12; Mc 3,16), con Juan (Jn 19,26-27) y también con el traidor Judas (Jn 13,26; Lc 22,48). Comunicame la delicadeza con que los trataste en el lago de Tiberíades preparándoles de comer (Jn 21,9), o cuando les lavaste los pies (Jn 13,1-20).

Que aprenda de Ti, como lo hizo san Ignacio, tu modo al comer y beber (Mc 2,12; 3,20; Jn 4,8.31-33), como tomabas parte en los banquetes (Mt 9,19), como te portabas cuando tenías hambre y sed (Jn 2,1; 4,7; 12,2; 19,28-30; Lc 7,16; Mt 4,2), cuando sentías cansancio tras las caminatas apostólicas (Jn 4,6), cuando tenías que reposar y dar tiempo al sueño (Mc 4,38).

Enséñame a ser compasivo con los que sufren (Mt 9,36; 14,14; 15,32; 20,34; Lc 7,13), con los pobres, con los leprosos, con los ciegos, con los paralíticos; muéstrame cómo manifestabas tus emociones profundísimas hasta derramar lágrimas (Mt 9,36; 14,14; 15,32; 20,34; Lc 7,13; 19,41; Jn 11,33; 35,38); o cómo cuando sentiste aquella mortal angustia que te hizo sudar sangre e hizo necesario el consuelo del ángel (Mt 26,37-39). Y sobre todo, quiero aprender el modo como manifestaste aquel dolor máximo en la cruz, sintiéndote abandonado del Padre (Mt 27,46).

Esa es la imagen tuya que contemplo en el Evangelio: ser noble, sublime, amable, ejemplar, que tenía la perfecta armonía entre vida y doctrina; que hizo exclamar a los enemigos «eres sincero, enseñas el camino de Dios con franqueza, no te importa de nadie, no tienes acepción de personas» (Mt 22,16); aquella manera varonil, dura para contigo mismo, con privaciones y trabajos (Mt 8,20), pero para con los demás lleno de bondad y amor y de deseo de servirles (Mt 20,28; Flp 2,7).

Eras duro, cierto, para quienes tienen malas intenciones; pero también es cierto que con tu amabilidad atraías a las multitudes hasta el punto que se olvidaban de comer (Mt 3,20), que los enfermos estaban seguros de tu piedad para con ellos (Mt 9,36), que tu conocimiento de la vida humana te permitía hablar en parábolas al alcance de los humildes y sencillos, que ibas sembrando amistad con todos (Jn 15,15), especialmente con tus amigos predilectos, como Juan (Jn 13,23; 19,26), o aquella familia de Lázaro, Marta y María (Jn 11,36), que sabías llenar de serena alegría una fiesta familiar, como en Caná (Jn 2,1).

Tu constante contacto con tu Padre en la oración, antes del alba o mientras los demás dormían (Mt 26,36-41), era consuelo y aliento para predicar el Reino.

Enséñame tu modo de mirar, como miraste a Pedro para llamarlo (Mt 16,18) o para levantarlo (Lc 22,61), o como miraste al joven rico que no se decidió a seguirte (Mc 10,21), o como miraste bondadoso a las multitudes agolpadas en torno a Ti (Mc 3,34; 5,31-32; 10,23), o con ira cuando tus ojos se fijaban en los insinceros (Mc 3,5).

Quisiera conocerte como eres: tu imagen sobre mí bastará para cambiarme. El Bautista quedó subyugado en su primer encuentro contigo (Mt 3,14), el centurión de Cafarnaún se siente abrumado por tu bondad (Mt 8,8), y un sentimiento de estupor y maravilla invada a quienes son testigos de la grandeza de tus prodigios (Mt 8,27; 9,33; Mc 1,27; 5,15; 7,37; Lc 4,36). El mismo pasmo sobrecoge a tus discípulos (Mt 13,54), y los esbirros del Huerto caen atemorizados (Jn 18,6). Pilatos se siente inseguro (Jn 19,8) y su mujer se asusta (Mc 27,19). El centurión que te ve morir descubre tu divinidad en tu muerte.

Desearía verte como Pedro, cuando sobrecogido de asombro tras la pesca milagrosa, toma conciencia de su condición de pecador en tu presencia (Lc 5,8-9). Querría oír tu voz en la sinagoga de Cafarnaún (Jn 6,35-59), o en el Monte (Mt 5,2) o cuando te dirigías a la muchedumbre «enseñando con autoridad» (Mt 1,22; 7,29), una autoridad que sólo del Padre te podía venir (Lc 4,22-32).

Haz que nosotros aprendamos de ti en las cosas grandes y en las pequeñas, siguiendo tu ejemplo de total entrega al amor al Padre y a los hombres, hermanos nuestros, sintiéndonos muy cerca de Ti. Pues te abajaste hasta nosotros, y al mismo tiempo, tan distantes de Ti, Dios infinito. Danos esa gracia, danos el *sensus Christi* que vivifique nuestra vida toda y nos enseñe –incluso en las cosas exteriores– a proceder conforme a tu espíritu. Enséñanos tu modo para que sea nuestro modo en el día de hoy y podamos realizar el ideal de Ignacio: ser compañeros tuyos, «alter Christus», colaboradores tuyos en la obra de la redención.

Pido a María, tu Madre Santísima, de quien naciste, con quien conviviste treinta y tres años y que tanto contribuyó a plasmar y formar tu modo de ser y de proceder, que forme en mí y en todos los hijos de la Compañía, otros tantos Jesús como Tú.

- El molesto con ricos y poderosos.
- El molesto con los satisfechos y hartos de gusto.
- El molesto con los «bien vistos» por todos.
- ¿Cuál de esos rasgos es ya semilla en mí? ¿cómo crecen?

Ahondemos en estos rasgos en el coloquio, pidiendo nacer a ellos. Pedir que me enseñe a saber esperar mi tiempo y que aprenda a discernir la voluntad del Padre a través de las mediaciones humanas.

3. La ruptura de su vida oculta: su primer signo en Caná

Pedimos conocimiento interno de la docilidad ante los signos. La capacidad de aceptar las mediaciones humanas. El texto base es Jn 2,1-11. Algunas consideraciones:

- Toda su predicación estará volcada al anuncio del reinado de Dios. En la obertura de su vida pública, comienza haciendo signos y no hablando en parábolas. Pensar en el símbolo joánico del banquete de bodas como prefiguración del Reino. Lo que esto significa, entonces, es que ha llegado el día de la fiesta para los pobres, de una fiesta sin fin. La alegría sería sin término porque Dios siempre tendrá más y más vino que brindar.
- Contemplar la capacidad de Jesús para alegrarse, para reír, para comer y beber con su pueblo, con su gente. Gente sencilla a la que en una fiesta tan importante le falta el vino.
- Percatarnos de la duda de Jesús, ¿ya es su tiempo?
- La intervención de María. Su agresividad creativa.
- La anuencia también creativa de Jesús. ¡Realiza el signo! El signo es siempre anuncio de Dios que libera al hombre de la enfermedad, del miedo, de la tristeza, de la muerte, en cada uno de los relatos de signos de Jesús hay que ver de qué son señal, qué liberación significaban y qué actualización pueden tener para nosotros.
- La consecuencia: sus amigos se adhieren. Funda el grupo.

En el coloquio pidamos al Señor esa docilidad ante la lenta formación y ante los signos y mediaciones humanas para interpretar los caminos del Padre. En la misa podemos privilegiar Heb 2,10-18, y compartir la experiencia del día. La homilía puede enfocarse sobre el «kairós» de cada uno. Ver cómo esto no se identifica con un lapso cronológico necesariamente. El «tiempo» para cada uno brotará de la docilidad a los designios del Padre. Recordar el ejemplo de Mons. Romero que en sus tres últimos años de vida dio todo el potencial que tenía.

VIII. Meditación de las Dos Banderas

Ignacio nos ha proyectado en la meditación del Reino la gran tarea a realizar. Esta tarea nacía como respuesta a mis pecados, como compromiso con Cristo en la cruz. La meditación del Reino era un primer vistazo que me llevaba a la necesidad de proseguir el camino de Jesús,

haciendo todo «a su manera». Todo ello implicaba un nacer de nuevo e ir adquiriendo un conocimiento profundo de Jesús para poder seguirlo, porque lo queremos.

Las contemplaciones de la vida oculta nos permitían ese nacer de nuevo y reconocer el paso lento de Dios en generar esa humanidad nueva que deseamos, teniendo siempre como modelo a Jesús. La imagen del siervo se evidencia en Jesús, se encarna en una historia conflictiva, su predilección por los empobrecidos y marginados, en consonancia con el sentir profético de Israel. Un Jesús conflictivo y perseguido desde su mismo nacimiento quien se deja hacer, desarrollando actitudes del hombre nuevo.

Hemos dicho que queremos amarlo y seguirlo. Pero no se nos ha aclarado todavía la plataforma desde la cual realizar su seguimiento. Esta es la tarea que nos incumbe ahora. La meditación de las Dos Banderas se ubica en el contexto de la elección.

Pero ¿dónde estamos realmente? Se quisiera estar con Jesús en todo. Tal vez imágenes heredadas –un tanto distorsionadas– nos podrían confundir respecto a qué implica seguir a Jesús. Ignacio nos ayuda a descubrir en dónde estamos y con la meditación de las Banderas hace que nos percatemos de los bloqueos estructurales y personales y que nos inundan. Todo esto para que nos demos cuenta en qué bando militamos y en qué disposición nos encontramos.

Las Dos Banderas indicará que nuestra respuesta, la elección está imbricada en una estructura de conflicto, jalonada por vectores estructurales. Asimismo, hay un entramado y una «confabulación» estructural contra el bien, que se me introduce, me invade y me puede dominar.

Queda claro que hay tres protagonistas en lo que nos sucede: el Señor, nuestro «yo» y la propia libertad acosada siempre por el mal del mundo, por el mal espíritu. De ahí la necesidad de discernir. Las Dos Banderas es, por decirlo así, el esquema originante del método para discernir.

Lo que también queda claro en esta meditación es que discernir es elegir. No se puede quedar uno descubriendo simplemente los dos campos, las Dos Banderas, se tiene que optar por una. No se admiten las terceras posiciones. Esto se hace evidente. La elección, con todo no tendrá nada de voluntarismos. En el fondo, uno sólo descubre la elección que Dios hace sobre la propia existencia, que puede obviamente rechazar. Se pide conocimiento interno de los engaños del Malo y ayuda para guardarme de ellos y conocimiento de la vida verdadera y gracia para seguirla [139].

1. La Bandera del mal: el antirreino

- Escenificación del poder del mal espíritu [140].
- Babilonia: lugar de confusión, perdición. Lugar de camuflajes, máscaras que impiden ver la figura «horrible y espantosa» suya.
- ¿Cuáles han sido mis «babilonias»? ¿dónde está mi actual «Babilonia»? ¿el lugar cercano a mí (relaciones, redes, espacios, cosas, etc.), donde el mal espíritu se asienta? Descubrir las. Dónde puedo encontrar mis «nazarets», es decir, aquellos lugares, relaciones y cosas que son buenos en sí pero que ya no me toca vivirlos, que debo superar.
- Tretas [141]: ver cómo éstas se imponen sobre mí. Cómo reacciono casi sin resistirme a ellas.
- Ver cómo se montan sobre mis heridas y mis ideales exagerados.
- Cuáles han sido las tretas más fuertes en el pasado (autobiografía).
- Las tretas del mes de Ejercicios. Recuperarlas y clasificarlas (primera y segunda épocas).

- Tácticas del mal espíritu [142]: mis malos deseos y mis temores. Descubrirlos.
- Las redes: ¿a qué cosas, personas, estoy sutilmente amarrado? Mis aficiones.
- Las cadenas: ¿a qué cosas, personas, lugares, estoy descaradamente anclado? Las pasiones.
- El derrotero: ¿a dónde conducen? Deseo de poder o riqueza, vanagloria y soberbia. De ahí a todos los vicios.
- Descubrir mi propia escalada hacia el mal. Cómo se confecciona.
- Mi reacción: descubrir cómo tiendo a reaccionar, en oración y vida.
- Descubrir cómo casi siempre que me veo embestido por el mal, pacto. Análisis de mis reacciones durante el mes.
- Recordar mi pecado y el infierno que provoca: la treta es umbral de pecado.
- Pedir fuerza para rechazar enérgicamente esta Bandera.
- Enmarque sociopolítico: lo que veo a nivel personal es sólo la concreción del mal y de la injusticia y el mal estructurado en la historia.

2. La Bandera de Cristo: el Reino [143]

- Escenificación [144]: Jerusalén como signo de paz, solidaridad y humildad.
- ¿Cuáles han sido mis «jerusalenes»? En la actualidad ¿dónde erijo mi Jerusalén? Ese lugar cercano a mí (relaciones, amistades, redes, espacios), en donde se asienta el espíritu de Cristo. Descubrirlos.
- Mociones: ¿cómo se presentan para que libremente las tome o rechace?
- ¿Cómo tocan mis heridas, pero para restañarlas?
- ¿Cuáles son las mociones más fuertes del pasado? (autobiografía).
- Las mociones del mes de Ejercicios. Recuperarlas.
- Táctica: me invita a tener deseos de deseos (Const. 102).
- Me invita a tener voluntad y desear con determinación deliberada [98].
- Me invita a desear «ser puesto». «Ser recibido debajo de su Bandera» [147].
- Concretar en mi caso particular esa táctica de Dios conmigo. Revisar su táctica en el mes.
- El derrotero: ¿a dónde me lleva? Deseo de pobreza, de oprobios y de humildad.
- Descubrir mi propio escalonamiento hacia el bien.
- Revisar la estrategia suya durante el mes.
- Mi reacción: descubrir cómo tiendo a reaccionar, en la oración y en la vida.
- Análisis de mis reacciones en los Ejercicios.
- Hacer alianzas con el Señor.
- Enmarque sociopolítico: contribuir al Reino de Dios supone abrazar esta Bandera.
- Todo triunfo individual en este sentido acelera su venida.

Triple coloquio: a Nuestra Señora porque me alcance gracia de su Hijo y Señor, para que yo sea recibido debajo de su Bandera, y primero en suma pobreza espiritual, y si su divina majestad fuere servido y me quisiere elegir y recibir, no menos en la pobreza actual; segundo, en pasar oprobios y injurias por más en ellas le imitar, sólo que las pueda pasar sin pecado de ninguna

persona ni displacer de su divina majestad [147]. Pedir otro tanto al Hijo para que me lo alcance del Padre, y otro tanto del Padre para que Él me lo conceda.

En la misa utilizar el texto de 1Tim 6,3-21. Hacer las «renuncias» en el acto penitencial. Los coloquios en el ofertorio. Los miedos y temores en el «líbranos Señor».

IX. Los Tres Binarios: tres tipos de gente

Esta meditación analiza la voluntad. En las Dos Banderas habíamos establecido los criterios. Ahora toca profundizar sobre la libertad y la actuación de la voluntad. Aquí se pretende evaluar y develar los engaños psicológicos y personales en la elección de los medios para los fines que se dice pretender. De ahí que evalúa los afectos desordenados que podrían torcer una buena elección.

Ignacio propone tres tipos de gente que ante el deseo de dejar unos «ducados» (gran suma de dinero) reaccionan de manera diferente. Quiere fomentar en el ejercitante la actitud del Tercer Binario que es la única congruente. Se pide gracia para sólo elegir lo que sea de mayor gloria de Dios [152].

1. La presentación de la meditación

- El primer Binario [153]: no pone los medios, sino hasta la hora de la muerte. Reflexionar la actitud semejante del joven rico (Mc 10,17-22).
- El segundo Binario [154]: pone los medios, pero no «el» medio eficaz, sino otros que llenen el requisito. Hace a Dios venir donde el «Binario» quiere y no al revés. Reflexionar sobre actitudes semejantes en Pilatos (Jn 18,38; Lc 9,57-62).
- El tercer Binario [155]: pone los medios que Dios pide por duros e incomprensibles que sean. Como María, Abraham, Jesús en el huerto.

Hacer los mismos coloquios que en las Dos Banderas, pero pidiendo elegir el medio que nos ponga dóciles para ser puestos debajo de la Bandera de Cristo. Por tanto, el coloquio enfatiza la necesidad de búsqueda del medio eficaz: prepara para la elección. Es conveniente, dice Ignacio [157] pedir ser puesto en aquello que más cuesta, haciendo contra las aficiones e intereses mundanos. Pero siempre en la perspectiva de que sea Dios quien dé su apoyo.

X. La elección

Uno de los objetivos de los Ejercicios de Ignacio consiste en hacer una buena y sana elección. No siempre es peste el fin, pero, sobre todo, para los novicios, esto constituye uno de los intereses primordiales para realizarlos.

Lo que se pretende es hacer una buena elección. Ahora bien, los Ejercicios ayudan al ejercitante para aclararse. El método que se privilegia es el del tiempo tranquilo, por el cual se llega a detectar la voluntad de Dios que está inscrita, por así decirlo, en nuestras propias

existencias. De ahí que el esfuerzo sea escudriñar esa voluntad de Dios, a través de las razones que Dios «me pone» en mis propios razonamientos, en la historia de mi vida, en los retos que ha dado.

Bien entendido, el proceso no es de elección, sino de preparación, de una «pre-elección» que permita aclarar la de Dios. Al final de la pre-elección uno concluye con un: «yo digo, yo siento» que lo que Dios quiere de mí es «eso». Pero luego someto «eso» a la confirmación de Dios, ¡quien me puede invertir el plan! Después vendrá el problema de si acepto o no la voluntad del Señor, pero eso es otra cosa. Muchas veces confundimos el proceso y creemos que lo que vamos a elegir es lo que «yo quiero». Primero Ignacio nos ubica para descubrir lo que Dios quiere de nosotros. Cuál es su plan. Enseguida nos invita a que nos sea confirmado (por consolaciones y desolaciones) y luego, frente a esto, el ejercitante tiene que optar y decidirse. Como ya indicamos, por razones pedagógicas dejamos el momento de la decisión personal a la altura de la Cuarta semana.

La confirmación, entonces, es de ratificación de la voluntad de Dios. Él puede corregir los errores en la elección. Si no es «eso» lo que Él quiere para mí, lo va a dejar sentir, no le dará su sello a eso que creo que es su voluntad. Su sello inconfundible, es la paz. Por eso, la elección debe formularse más o menos así: «pienso y siento que Dios quiere que yo...». En el momento de la confirmación el Señor mostrará si habíamos interpretado bien o no sus signos y mediaciones.

Para hacer esta pre-elección se necesita tener clara la alternativa. En el caso que por muchas razones (edad, convicción, etc.) no se dan alternativas reales, lo que debe buscarse entonces es «la razón» de Dios para escogerme en tal vida y estado. Porque «ésa» será la verdad y el fundamento de esa vocación.

La razón del Señor se puede deducir examinando la «manera» en que da la confirmación (el medio es el mensaje). Por ejemplo, si con relación a la confirmación de mi vocación, me hizo sentir una experiencia de que soy débil, de que no me siento «cualificado», la razón por la cual me quiere jesuita –por ejemplo– es precisamente, porque siento que por mí mismo no podría, y «ésa» es la razón por la cual podrá ser jesuita toda mi vida. A estas razones me tendré que remontar en los momentos de oscuridad y prueba.

El fundamento filosófico–teológico para encontrar la voluntad de Dios en mis razones e historia personal reside en el hecho de que Dios usa mediaciones y en este caso yo soy mi mejor mediación en la historia. Profundizando mis razones (distintas a las de otros) llego a descubrir la impronta de Dios en ellas. Son vehículo para mostrarme sus designios. Lo mismo se diga sobre la manera de confirmarme y la deducción de las razones del Señor, me convierto en transmisor y receptáculo de su mensaje.

1. Proceso de la elección [169]

- Sólo debo mirar el fin para el cual soy creado.
- Todo lo que elija debe ser medio «para».
- Por tanto, no elijo entre bien y mal, sino sólo «lo que más conduzca».
- El fin de mi vida lo he degustado en el Principio y Fundamento. De una manera más concreta, he experimentado que soy llamado por Cristo en la meditación del Reino. La

importancia de co-nacer con Jesús se hacía un imperativo para seguirlo y poder colaborar con el Reino.

- Los determinantes estructurales de mi opción se patentizaban en las Dos Banderas.
- El papel de mi voluntad se ponía de manifiesto en los Binarios.
- Por tanto debo tener en cuenta: mi deber para ayudar a liberar a Jesús, a jalonar el reinado de Dios. Hay muchas maneras de hacerlo. Unas enfatizan unos aspectos más que otras. Lo político o lo religioso, por ejemplo. Tengo que tomarme en cuenta: con mis cualidades y defectos. Con mis pecados y mi pacto con la Bandera del mal. Con la fuerza de Dios, y el cuadro de la Bandera de Cristo.
- La elección sólo es realizable mediante plataformas históricas concretas. Unas son excluyentes y otras inclusivas.

2. Proceso de la elección

- Poner frente a mí alternativas concretas e históricas, realizables y excluyentes.
- Una que tengo ciertamente que postular es la Compañía, ya que me encuentro en el Noviciado.

3. Tiempo de la elección [175-177]

- Sin dudar ni poder dudar [175].
- Por medio de consolaciones y desolaciones [176].
- Tiempo tranquilo, que tiene dos modos [177]: deliberativo (método de pros y contras) e intuitivo.

4. Método de los pros y contras

- Aclarar bien qué contrapongo a qué.
- Pedir al Señor ponerme indiferente, recordando mi fin, y quitarme, por lo menos en ese momento, las aficiones desordenadas.
- Pedir al Señor que ilumine mi entendimiento y mueva mi voluntad.
- Establecer los pros y contras de cada alternativa. Tomar en cuenta, para ello, la historia de mi vocación y la historia de mis votos.
- Hacer la deducción racional: dónde se inclina más la razón.
- Sacar la deducción, como una pre-elección. Formularla bien.
- Ofrecer esa pre-elección y pedir confirmación.

Es interesante recalcar que Ignacio pretende que el ejercitante llegue al segundo tiempo de elección, es decir, por medio de consolaciones y desolaciones, al insistir en resolverlo finalmente todo en la confirmación. El ejercitante tendrá que mantener su pre-elección y hacer que ésta se someta a confirmaciones continuas. Si hubiera un caso de mucha turbación e interferencia después de un tiempo prudencial, se podría invertir la pre-elección y ver la confirmación de Dios . esto sólo con la ayuda del director se puede determinar.

5. Método intuitivo

Este método tiene cuatro variantes, todas ellas intuitivas. Es bueno aplicarlas a la pre-elección como para adquirir más claridad y seguridad. Este contra chequeo se debe dar antes de pedir la confirmación.

- Tanteo si lo que se ha elegido viene del amor de Dios [184].
- Ponerse en la actitud de un tercero y juzgar la elección [185].
- Colocarse en el momento de la muerte y pensar qué hubiese deseado más haber hecho [186].
- Imaginarse en el momento del juicio (Mt 25,31-46) y pensar lo mismo [187].

Aquí se trata, por tanto, de la elección del estado de vida. Una vez hecha la elección y sentida la confirmación, lo que toca es buscar la «consigna», que es la manera como el Señor me invita a vivir mi estado de vida, para evitar satanizarlo. Pero esto se hace sólo después de haber encontrado la confirmación.

Al pedir la confirmación de mi elección, hay que saber superar los momentos. Una vez que he hecho con toda diligencia lo que me toca –siguiendo el proceso de elección– el resto le corresponde al Señor, quien en la práctica me puede corregir el plan, confirmándome o no en lo que he propuesto como elección. Por tanto, hay que evitar las ansiedades en este sentido. Es importante, después de un lapso prudencial, cortar el tiempo del proceso y pasar al momento de la confirmación.

Sobre la misma confirmación, el modo de hacerla es pedirla. Pedir el sello de Dios; paz, tranquilidad, fortaleza, quietud, ánimo, todos los desgloses de la consolación. Esto se puede hacer tomando uno o varios ejercicios (tiempos de oración). Los «puntos» de estas oraciones de confirmación serían todos los argumentos a favor de la elección que presento para ser confirmada.

El tiempo de confirmación cesa, por así decirlo, cuando el ejercitante mismo se siente ya satisfecho y con certeza. Es importante señalar también el final de este proceso de confirmación para evitar confusiones y tretas futuras.

Asimismo, es crucial que el ejercitante pueda reseñar el género de confirmación que experimentó y que lo describa con relieve para tener allí siempre la certeza que muchas veces la tentación le hará poner en duda. Esta confirmación se convierte en el «antes» famoso de Ignacio [318], que es lo que no se debe cambiar ni hacer mudanzas por desolados que nos encontremos. Esta confirmación de Dios puesta en palabras, en el fondo, es «la» razón por la cual Él me elige. Y ésa es la razón que tendrá peso de ahora en adelante.

XI. El bautismo de Jesús

Esta contemplación se presenta al ejercitante para que la haga durante el transcurso de su elección. El pasaje pone de relieve que la elección de Jesús para emprender un camino determinado se da por una elección del Padre sobre su vida. Jesús elige lo que el Padre ha elegido para Él.

Se pide conocimiento interno de Cristo para más amarlo y seguirlo en su capacidad de ser dócil y en la utilización de las mediaciones humanas. Pedir elegir, como Él, la elección del Padre. El texto base es Mt e,13-17. Algunas consideraciones:

- Jesús está dentro del movimiento iniciado por el Bautista. Es uno más allí en un movimiento que ha empezado en Galilea y con tintes renovadores radicales.
- La predicación de Juan es dura y austera. Invita al cambio y a la traducción de ese cambio en obras.
- Jesús se siente impulsado a comprometerse y bautizarse como uno de tantos.
- En su bautismo, Jesús da pruebas de cómo toma en serio la existencia y de su gran solidaridad con los hombres pobres y pecadores. Juntos buscan el reinado.
- Dios lleva a Jesús por mediaciones humanas, y Jesús es dócil, y expresa que así debe ser.
- Sólo así se le muestra una presencia especial de Dios, y su señalamiento como el Hijo, el consentido del Padre. Allí se evidencia su conciencia mesiánica.
- Jesús descubre que Él debía ser el «siervo de Yahvé» anunciado por Isaías 42,1-9. que Él liberaría a su pueblo sirviéndolo hasta dar su vida por él.
- Ya el llamado se hace evidente, pero las concreciones históricas no están todavía claras.
- Tendrá que discernir qué significa ser el Hijo y cómo trabajar por el reinado.
- El coloquio: el de las Banderas y de los Binarios, pidiendo confirmación de Dios.

XII. Las tentaciones de Jesús

Se pide conocimiento interno, pero especialmente en la necesidad de discernir para trabajar por el reinado de Dios. Captación desde ya de la «manera de Jesús». El texto base es Mt 4,1-11. Algunas consideraciones:

- Jesús va al desierto. Ha recibido ya su «elección», pero tiene que desentrañarla. Tiene que descubrir qué significa en concreto, el llamado y cómo realizarlo.
- Va al desierto, lugar de aislamiento, de encuentro con Dios, de prueba. Va en tono de preparación, oración y ayuno. Es una experiencia profunda con el Padre.
- La perícopa es un midrash. Todas las cosas tienen fuerza simbólico-evocativa: desierto, cuarenta días, tentación. Las tres tentaciones aparecen en la narración del peregrinaje del pueblo hebreo (Dt 6,13-16; 8,3). Y todo tiene el significado del comienzo de una tierra prometida, de la «llegada del Reino del Padre». Está comenzando un orden nuevo para el mundo.

1. Jesús discierne entre las plataformas político-religiosas vigentes

Jesús no puede comenzar un movimiento, sino retomando y analizando las plataformas y grupos políticos-religiosos en boga.

- La de los saduceos, quienes decían, el Reino ya no viene, por tanto, lo único que toca es pactar con los romanos.
- La de los zelotes, guerrilleros de inspiración macabea, cuyo lema era que el reinado se conquista por la violencia; luego guerra a los romanos.
- La de los esenios, quienes considerándose el «resto» de Israel huían al desierto, aislándose de la contaminación pecaminosa del mundo.
- La de los fariseos, quienes creían que la venida del reinado se lograba gracias a la observancia rigurosa de la Ley.

Jesús comenzará con gran tradición farisea, retomando el movimiento que Juan ha iniciado, pero todo a su manera. Privilegiando a los pobres y pecadores (contra el modo esenio), conviviendo y tratando con dignidad y cariño a las mujeres (contra la norma cultural), en contra de las leyes que matan la vida (contra el espíritu farisaico), pacífico, misericordioso y amando a los enemigos (contra el modo zelote).

- Su manera tiene que ver desde ya con la idea de que el reinado de Dios supone desvivirse y morir por los demás. La lógica que se impone es la de la muerte que trae la vida. Generando un grupo, una comunidad distinta.
- Esto no es teoría, sino que se encuentra en la perspectiva del riesgo concreto: Juan está encarcelado. Jesús tendrá que remontarse a Galilea.

2. Jesús experimenta la tentación

Es un hecho innegable que Jesús sintió la atracción de la treta, de la tentación. Jesús experimenta la fuerza seductora del poder, de la riqueza, de la fama, de descollar sobre los demás. Jesús una y otra vez tuvo que elegir el camino de la generosidad.

- La tentación no se presentaba de una manera desenmascarada, sino en tónica de tretas de segunda época, con razones aparentes.

Jesús discierne la tentación y reacciona justo haciendo el opuesto. No dialoga, corta de raíz. La prueba y tentación acompañarán a Jesús muchas veces. En los momentos más importantes, sobre todo en la oración en el huerto y en la cruz. Su victoria diáfana sobre la tentación nos da la seguridad que también nosotros podemos vencerla, con su ayuda. Pero la riqueza, las situaciones fáciles y el poder político son tentaciones donde la Iglesia ha caído y puede seguir cayendo. Nadie está exento de esto. Pedir percatarme de ello.

3. La confirmación de su camino

Superada la prueba, acrisolada así la misión, Jesús siente la consolación del Padre. Los ángeles lo servían. Terminología semítica para explicar la presencia de Yahvé en cercanía y protección.

La total confirmación del camino que emprende Jesús no se dará sino hasta el final: durante su vida pasará crisis (Mc 8,11-13). Los discípulos querrán irse (Jn 6,67-71). Experimentará el abandono del Padre.

La resurrección es la confirmación total. Con su resurrección, nosotros tenemos la confirmación asegurada para cada momento de nuestra existencia.

4. Jesús asume su tarea

Terminada la experiencia, Jesús adquiere ya una energía y una fuerza profética. Mateo reseña un trozo de Isaías, anunciando así la conexión profética (Mt 4,14-16). Hay un desplazamiento geográfico-táctico (Mt 4,12-13). En el horizonte de su tarea está el riesgo: Juan está encarcelado, pero él retoma el movimiento que Juan comenzara, con la misma anuencia que el Bautista. «A Él le tocará crecer, y a mí menguar» (Jn 3,30).

Pero este asumir tareas y recoger el movimiento del Bautista lo hará ya con su propio sello. No en la austeridad y drasticidad del predecesor, sino con su corazón rico en misericordia, lleno de humanidad y comprensión, pero por eso mismo, retante hasta lo más profundo. Cuestionador de estructuras y corazones.

El coloquio será el mismo de los Binarios. Pidiendo confirmación. Pidiendo ya la «consigna». Texto para contemplar es el de Lc 4,14-30. En la misa se puede comenzar con el coloquio del «modo nuestro de proceder». Habría que destacar las siguientes consideraciones:

- Insistir en cómo el Señor fue llevado por la fuerza del Espíritu. Hacer notar cómo Jesús se siente uno de los profetas: «el Espíritu del Señor está sobre mí» (Lc 4,18). Esa fuerza ahora lo presenta como transformado. Tanto que ni sus conocidos lo reconocen y por eso les disgusta. Esa fuerza del Espíritu ahora, precisamente, se está demandando. La consigna es la acción por donde Él nos viene conduciendo. Si somos fieles a ella, nos lleva al seguimiento y a su radicalidad.
- Jesús comienza a dar muestras de su «modo de proceder», enfatiza aspectos: la misericordia y la solidaridad.

XIII. La consigna

Una vez confirmada la elección, cuando ésta tiene que hacerse, toca el momento de la elección de un «proyecto de vida» o de la «reforma de vida», en el caso de quien ya tiene una elección que no es modificable.

La experiencia, muchas veces lamentable, de estos proyectos de vida es que como todo propósito humano, tiene muy poca duración y efectividad en el ámbito de la vida espiritual. De hecho son programas realizados por nosotros mismos, se vuelven pseudo compromisos, la mayoría de las veces inviables de por sí. En la vida del espíritu «nada podemos hacer» (Jn 15,5).

En el fondo, toda reforma fundamental de vida sólo puede basarse en la obra que el Señor hace de mí. Y esta obra está en relación con la manera cómo Él me conduce. Los Ejercicios de mes son una escuela de aprendizaje en «dejarme conducir». En este sentido, son el lugar donde se

puede detectar –gracias a los concienzudos discernimientos– por donde ya me ha llevado la fuerza de Dios, y por donde me promete, por así decirlo, su apoyo.

Denominamos consigna a la experiencia de recibir la «formulación» o la puesta de nombre de esa moción principal por donde el Señor me ha venido impulsando y me lleva. Esta vivencia se me suele revelar de una manera clara e indiscutible, experimento que procede Dios.

En este sentido hacemos una innovación en la terminología ignaciana. Pero creemos que es la traducción de lo que Ignacio podría llamar «elecciones secundarias». Se aprovecha solamente la riqueza que entraña el término «consigna» y el gran paralelismo que puede manifestarse en ambas vivencias, aunque de orden diverso. Las características de una consigna política –donde se origina su uso– podrían ser las siguientes:

- Una consigna política es dada, es una orden de la dirección. Respondería, de suyo, a los intereses de un pueblo, a sus necesidades y a sus posibilidades.
- Una consigna es pragmática: está orientada toda ella a la praxis sugerida por ella misma.
- Una consigna es programática: de ella puede derivarse una serie de proyectos que responden a las necesidades, desde un objeto formal.
- Una consigna genera identidad, se vocea, se repite, es corta. La finalidad de una consigna es que sea eficaz, que genere todo lo que quiere implicar. No siempre ocurre con todo. La consigna política anuncia el futuro.

La consigna del Espíritu se asemeja en mucho a estas consignas históricas, pero tiene una serie de elementos específicos que conviene aclarar. Al darme el Señor mi consigna me revela el modo como quiere que conduzca mi vida. Lo que es importante notar es que por mi consigna conozco el «modo primordial por el cual el Señor se me revela». Es Él quien cumple por antonomasia eso que invita a realizar en la consigna. Si me impulsa a confiar es porque Él ha confiado en mí primero. Él me da ejemplo de eso a lo que me convida. Es lo que me asemeja –a mí– al seguimiento de Jesús. Es lo que, en definitiva, evita que se satanice un estado de vida, una estructura, una elección. Me impide acartonarme, aburguesarme. De por sí, genera un movimiento. Ese movimiento no es producido por mí. Yo sólo reacciono a él: bien o mal, en alianzas o en rechazos, con interés o con desconfianza. Si me dejo conducir por esa consigna, el Señor hará en mí maravillas que no se me otorgan para el enriquecimiento de mi persona, sino para el trabajo por el Reino de Dios.

Se invita al ejercitante a demandar esa consigna en clima de primer tiempo, es decir, que se imponga por sí misma, sin dudar ni poder dudar. La experiencia que vamos adquiriendo hasta ahora es muy positiva. El Señor no hace del rogar: Él mismo le pone nombre y sello al movimiento –moción– que ya ha desatado en nuestro interior para lanzarnos a la acción resucitadora del mundo.

Hay que tener cautela, con todo, en saber separar lo dado por el Señor –sin dudar ni poder dudar– del discurso nuestro, siendo fieles así a la regla octava de la segunda época [336]. De no ser así estaríamos suponiendo falsamente que el Señor nos dará fuerza donde nosotros –aunque sea por las mejores razones– hicimos nuestro propio «añadido». No hay que olvidar el ejemplo del mismo Ignacio cuando supuso que también en la visión de La Storta también se le había predicho que habría de ser martirizado en Roma.

Una vez enunciada por Dios la consigna, lo que es sumamente rico y revelador es revisar – con esa luz– las mociones anteriores y cotejarlas con ella. Puede además servir para comprobar. Todo adquiere nuevo brillo y sentido. Las mociones que han podido estar inconexas adquieren convergencia. Hacen eco en la consigna.

Es también importante estudiar la manera como se ha reaccionado ante esas mociones – que ahora se aglutinan en la consigna– y percatarse que sólo en la medida en que nos hemos dejado llevar hemos progresado, que cuando no hemos colaborado o nos hemos cerrado, retrocedemos en el seguimiento de Jesús.

La consigna, por tanto, tiene una serie de características. La principal, tal como ya la hemos repetido, es que es algo venido directamente de Dios. En este sentido, es algo con cierto carácter inmutable. Sólo en una experiencia del mismo calibre –sea por duración, seriedad o calidad– se me podría cambiar, en principio. Los proyectos de la vida que dimanen de ella sí pueden modificarse, pero no lo que los origina.

Otra característica es que la consigna se convierte en mi «petición» y oración fundamental. La consigna no es una orden, es como una «insinuación contundente» que Dios me ofrece. Esa insinuación la puedo voltear o transportar a una petición básica porque resume toda mi vida y le da convergencia, sentido y firmeza. Con mi consigna, así convertida en petición, lanzo continuos flechazos en demanda de más gracia, de más apoyo suyo, ¡Es como una jaculatoria estratégica!

La consigna tiene una representación mental, una imagen que senos da concomitantemente con ella. Evocar esa imagen concomitante a la consigna es establecer la «composición de lugar» prototípica personal. Asimismo, la consigna implica una repercusión corpórea. Esta postura del cuerpo nos indica, a la vez, la postura personal de orante por excelencia. Se debe prestar mucha atención a estas cosas, es lo único que nosotros podemos poner de nuestra parte. Poner nuestra imaginación en la escena de la consigna y adoptar la postura del cuerpo que se desprende de ella son nuestras pequeñas «adiciones». Nuestra postura colabora a que la moción, la consigna, acaezca.

Decimos que la consigna es insinuación y no orden. De ordinario, la formulación tiene algún carácter imperativo, pero respeta absolutamente la voluntad. No se impone, ni mucho menos. De ahí, precisamente, que pueda dejarla pasar, prescindir de ella o luchar contra su sugerencia. Hay que insistir mucho en que la consigna no la provoco yo. No es un lema o propósito que me proponga. De no ser así, la coyuntura de la consigna es campo fácil para provocar voluntarismos y fervores indiscretos.

Otro rasgo característico es que la consigna se convierte en el criterio esencial de mi discernimiento. Ya no tendré que cotejar las mociones con un «a qué me llevan» abstracto, sino que las contrastaré con la consigna. Si algo me acerca a ella, puedo suponer que viene de Dios, lo que me aleja o me distrae es por lo menos sospechoso.

La consigna es lo que me coloca bajo el estandarte de Cristo. Me hace reconocer tretas, puede barrer con mis babilonias, me impide terceras posiciones respecto al seguimiento., la consigna es «el» medio más eficaz para ponerme con el Hijo en la cruz. Es el medio más eficaz porque posee la fuerza de Dios que me empuja.

Si extraigo todas las consecuencias en el tiempo y en el compromiso que se desglosan de la consigna, diseño mi tercera manera de humildad. La utopía propia, mi meta a la cual el Señor me hace aspirar. La tercera manera de humildad es la consigna vista desde el final, desde sus

máximas consecuencias. La consigna podría considerarse como la brújula, la consigna es como un misil dirigido: se sitúa en coordenadas, persigue y tiene fuerza en sí mismo.

La consigna –moción espiritual eje– me vincula con Jesús pobre y humilde en la historia. Allí, entonces, me conecta con otra fuerza que se puede volver en algo casi físico, es el reto que me va estableciendo el pueblo pobre que quiere librarse. Empieza a establecer entonces en mi vida una «moción histórica», la cual en realidad, me configurará con Jesús sufriente y perseguido, con Jesús pobre y humillado en búsqueda de resurrección. Ya no serán sólo deseos –puestos por el Señor en mi corazón– los que me harán caminar en el seguimiento. Serán los mismos retos, las consecuencias de los pequeños compromisos, los que me irán impulsando y acercando a la tercera manera de humildad. Ese movimiento que se establece es lo que denominamos «moción histórica». A la congruencia de cada biografía humana corresponde detectar cómo se formula esa moción.

En un ambiente jesuítico, la consigna propia debe estar engastada en la consigna global de la Compañía: el servicio de la fe y la promoción de la justicia, consigna que ha sido refrendada por los papas y las congregaciones generales. Ha sido confirmada –en el sentido ignaciano– en cuanto ha sido ratificada por la sangre de muchos compañeros jesuitas. Una consigna de alguien que se diga jesuita que lo aleje de la del cuerpo mostraría una disyuntiva: o que no tiene el espíritu de la orden, es decir, que éste no es su camino, o que el sujeto no ha sabido interpretar, de manera correcta, la formulación del impulso del Señor. Si comparamos la consigna del Espíritu con la política, tendríamos un paralelismo que puede ser sugerente:

- Nuestra consigna es dada por Dios. Es simplemente la formulación en palabras de lo que Él siempre ha realizado. No la puedo atribuir a mí de ningún modo.
- La consigna me viene ad hoc. Es para mí. Sólo yo la entiendo. Cuenta con mis debilidades y cualidades, toma en cuenta mi pecado. Me engloba todo. Todo converge en mí.
- Es también pragmática porque se orienta a la práctica que tiene que llevarme hasta el tercer grado de humildad, y conectarme con la moción histórica.
- También es programática, en cuanto de ella puedo establecer proyectos adaptables a las diversas circunstancias.
- Me genera identidad, me unifica, es mi petición, la voceo interiormente.
- Sobre todo –y ahí existe una diferencia fuerte– nuestra consigna es «eficaz», con una efectividad ya demostrada. No es anuncio futuro, sino algo que ya ha sido dado. Es como la palabra del Señor que no vuelve vacía. Fecunda siempre, si es que le damos lugar.

La consigna del Espíritu no debe acallarse nunca, aun dentro de la moción de la historia. ¡Ahí con más razón! La tarea histórica vuelve siempre a ser sujeto de babilonias, tretas, acartonamientos, búsqueda de interés propio, extrema soberbia. Sólo en la dialéctica entre la moción del Espíritu y la moción de la historia se avanzará en el seguimiento de Jesús. Esta es la síntesis profunda entre fe y justicia.

XIV. Las Tres Maneras de Humildad

La meditación de las Banderas ponía de relieve los criterios que deben regir mi vida. Se hace evidente lo imposible de terceras posiciones. Estar bajo la Bandera de Jesús quería decir renunciar a las babilonias, a pactar con las tretas del mal espíritu. La meditación de los Binarios evaluaba la voluntad y la capacidad de elegir «el» medio que más conduce a la Bandera de Jesús.

La Tres Maneras de Humildad evalúan mi afecto (humildad se entiende como amistad), descubren la densidad que tiene el compromiso para seguir a Jesús y establecen una dinámica, de suyo objetivamente imparables de cuestionamiento y mayor radicalización. Esto gracias al deseo de ser puesto con los pobres, donde hay más riesgo y establecer allí los detalles más sutiles de entrega y amor. Por eso, las Tres Maneras de Humildad se constituyen en el horizonte utópico, en el ideal nunca plenamente alcanzable, sino hasta la misma muerte.

Las Tres Maneras de Humildad tienen que ver con la consigna. Es la prolongación en el tiempo de ella, es el establecimiento de la posibilidad del «hasta dónde» me puede llevar, «hasta qué y cuánto» se me puede pedir. Las Tres Maneras de Humildad son la finalidad, la consigna, es el camino asegurado para llevarme a la meta.

Las Tres Maneras de Humildad son el adelanto, la «prenda» de la pasión de Cristo hecha vivencia en mi existencia. Me indican hasta qué punto debo seguir a Jesús. Me descubren la profundidad cada vez mayor que implica la misma palabra «seguimiento» y amor a Jesús que es el objetivo de esta semana.

Ignacio de manera exegéticamente ingenua [275], establece la diferente densidad del llamado a Pedro. Sin embargo, la realidad de la profundidad distinta de cada momento de seguimiento es un hecho real. Tuvo que darse en Pedro una evolución en la comprensión de lo que significaba seguir a Jesús. Primeramente, la insinuación de seguimiento en el episodio del bautismo de Jesús (Jn 1,40), luego el llamado claro (Lc 5,9-11), cuando deja sus «redes». Seguidamente, cuando lo invita a seguirlo en el Tabor (Mc 9,2-8), después, cuando el Señor los reta a todos preguntándoles si también lo abandonarán y Pedro expresa su deseo de seguirlo (Jn 6,68). Finalmente, cuando Jesús, después de encargarle el cuidado de los pobres y débiles, le vuelve a decir «sígueme», pero vaticinándole hasta la forma en que debía morir (Jn 21,18-19).

Obviamente, el seguimiento va adquiriendo una densidad y un compromiso cada vez mayores. Esto se puede evidenciar en niveles en la dinámica desatada.

Las Tres Maneras de Humildad son una superación de las Banderas en cuanto establecen la dinámica siempre más retante del compromiso real. De suyo, Ignacio propone el compromiso de las Banderas al «candidato» a la Compañía (Examen General, 101-102), pero la intelección de estar «puesto con el Hijo que lleva la cruz» no se le da –al mismo Ignacio– sino hasta en la visión de La Storta. Esta superación de las Banderas puede apreciarse mejor en el número 168, donde ya se encuentra un matiz diferente. En la meditación de las Banderas se decía «no menos en la pobreza actual... sólo que lo pueda pasar... ni displacer... [147], mientras que en la Tercera Manera de Humildad se enfatiza en «si igual o mayor servicio fuese a su divina majestad» [168].

Esta «utopía» no nace del voluntarismo. Nace de toda la táctica cristiana –tan hábilmente interpretada por Ignacio– de «dejarse llevar». La certeza de alcanzar algún día esa meta está dada en la fuerza de la moción ya experimentada, ya vivida: la consigna.

Es conveniente abundar sobre el término humildad. En la terminología del tiempo de Ignacio, se puede entender por humildad todo género de sumisión amorosa. De hecho, uno de los primeros compañeros, al dar los Ejercicios sustituía este término humildad por el de amistad, una amistad en el contexto del servicio al Rey eterno.

Es importante que el que hace los Ejercicios pueda establecer al final de su propia reflexión y traducción de las Tres Maneras de Humildad, aplicándolas a su consigna. Serán los tres niveles de compromiso a los que podemos aspirar y que podemos desear.

La consigna es la formulación de la moción por la que Dios me impulsa. La Tercera Manera de Humildad me vincula frente a un dinamismo –la moción histórica– que es el pueblo pobre que quiere liberarse y que empieza a cuestionarme. Es la presencia del mismo Jesús, quien a través de ese pueblo me sigue impulsando a realizar mi compromiso en la historia.

De manera que habría un paralelismo muy convergente entre la moción del Espíritu que a la larga me lleva al pueblo pobre, y la moción histórica –que es ese pueblo– el cual me reta hasta la mayor radicalización por amor a Jesús.

Una vivencia en estos términos del Tercer Grado de Humildad es lo que posibilita la experiencia de una fe –moción del Espíritu, consigna– que hace la justicia, moción histórica. Y esto no como algo yuxtapuesto, sino como algo íntimamente ligado, la captación de la unidad fundamentalmente es fruto –como ya nos lo recuerda la CG33– del discernimiento, es su fruto por excelencia.

1. Primera Manera de Humildad [165]

- Para mostrar mi cariño al Señor, estoy dispuesto a cumplir a cabalidad sus mandamientos. Nivel del cristiano «normal».
- Hay un tono de legalismo y formalismo. Se evita el pecado mortal, no fallarle a Dios en lo grueso.
- Una actitud típica de este nivel: «hacer lo que Dios me mande», pero Dios no me puede pedir «eso». Ese «eso» tiene que ver con mi negación propia, con mi pobreza, con el trabajo con los desposeídos de la tierra, con mucha frecuencia.
- Una frase evangélica típica: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde joven» (Mc 10,20), pero no renuncia a la riqueza. Respecto a la relación con Jesús: se sitúa «frente» a Jesús.

2. Segunda Manera de Humildad [166]

- Para mostrar mi cariño al Señor estaría dispuesto a ser indiferente a todas las cosas. Me da lo mismo salud que enfermedad, vida larga que corta, etc. Nivel del Principio y Fundamento.
- Hay un tono de resignación, quizá. No queda otro remedio metiéndose con Dios. Eso sí, evito fallarle aun en las cosas pequeñas.
- Una actitud típica de este nivel: «que se haga tu voluntad en la tierra como en el cielo», es decir, en lo que puedo modificar y en donde no puedo hacer nada. Si me manda, voy y renuncio a todo, también pido pobreza actual, aun trabajar con los pobres y luchar por ellos. Si me lo piden.

- Una frase evangélica típica: «te seguiré a donde vayas» (Lc 9,57). Respecto a la relación con Jesús: hacerlo todo «por Él».

3. Tercera Manera de Humildad [167]

- Para mostrar mi cariño al Señor elijo siempre más pobreza, más humillaciones, riesgos y más detalles en el amor. Nivel de la Bandera de Cristo.
- Hay un tono de apasionamiento y de locura. Me pierdo en el Señor. Me coloco, por principio, en donde Él se revela más. O si no, desde la plataforma de mi trabajo, busco los medios para estar cerca afectiva y efectivamente de los empobrecidos y de su lucha. Oriente todo hacia eso.
- El trabajo por la justicia, con los marginados, donde pido ver «su rostro», me capta y me va llevando a compromisos cada vez mayores, a más pobreza, a más riesgos, a más detalles en el amor. Nivel de superación de las Banderas, en cuanto ya estoy «cautivado» por la moción histórica. Allí sí se realiza «para llevarte a donde no quieres» (Jn 21,18).
- Una actitud típica de este nivel: se genera la incompreensión y a veces la persecución. Se da una profecía no vacunadora. Se establece un cuestionamiento y desinstalación.
- Una frase evangélica típica: «ya no vivo yo, vive en mí el Mesías» (Gál 2,20). Respecto a la relación con Jesús: donde está Él y como Él.

Repetir el coloquio triple de las Banderas y de los Binarios, pidiendo ser atraído siempre por este Tercer Grado de Humildad. Pedir la consigna. Estar atento a la manera de dármela: la escena y la postura que se desprende de ella. Algunos textos para contemplar: el anuncio de persecuciones (Mt 10,16-33); cena de Betania (Jn 12,1-11); curación de los diez leprosos (Lc 17,11-19).

Algunas consideraciones: el seguimiento de Jesús –con lo drástico y radical que parezca– sólo se comprende y únicamente se puede realizar en la articulación de dos dinámicas: la de la amistad, la convivencia y la fiesta (Betania), y la del agradecimiento y reconocimiento del don recibido (leprosos). En el misa usar el texto de Mt 10,16-33.

XV. El seguimiento de Jesús cada vez más radical

Lo que se pretende en este día es continuar demandando la gracia para conocer íntimamente a Jesús para seguirlo mejor. Para ello se profundiza en la historia de la vocación y en los diversos connotados que el llamado ha ido teniendo. Lo que se hace patente es que cada vez hay mayor exigencia de radicalidad. Ahora bien, sólo se puede seguir a este Jesús que lo exige todo si desde ahora –en la oración y en los Ejercicios– aprendemos a comportarnos como fieles discípulos suyos. Defendiendo desde ahora su causa.

No es extraño que a la altura de este día –pasada ya la elección y la confirmación– el ejercitante sea asediado por las dudas y por el cuestionamiento de las gracias recibidas. La contemplación del ciego de nacimiento nos dará ejemplo de cómo, defendiendo a Jesús contra los

ataques de los enemigos, nos encontramos con Él, se nos revela. Pedimos conocimiento interno, etc., pero especialmente que Jesús no admite terceras posiciones. Pedir la consigna.

1. Evolución y radicalización del llamado [275]

Es claro el hecho de la profundización del llamado en los apóstoles. Sobre todo en Pedro.

- Insinuación propia de Pedro para seguir a Jesús (Jn 1,40). Claro llamado de Jesús e invitación a dejarlo todo (Lc 5,9-11). Invitación especial al monte Tabor (Mc 9,2-13). Declaración de Pedro: no tiene más alternativa que seguir a Jesús (Jn 6,68). Pretensión de Pedro para no abandonar a Jesús (Mt 26,35). El «sígueme» final, en el contexto de su tarea y su martirio (Jn 21,15-19).
- A cada quien el Señor lo llama por diferentes razones y de diversas maneras. Pero el Señor se complace en llamar desde la debilidad (1Cor 1,18-2,5).
- Recoger mi propia experiencia de vocación y la radicalización que ha implicado: en la llamada del Reino, en las Banderas de Cristo, en los Binarios, en las Tres Maneras de Humildad.
- Pedir oír un «sígueme» que recoja todo esto. Recordar la moción de confirmación de elección (en el caso de que ya haya sido dada).

2. Con Jesús no hay terceras posiciones

- En formulación teocéntrica, Jesús lo define: Dios o el dinero (Mt 6,24).
- En formulación cristocéntrica: «el que no está conmigo está contra mí» (Mt 12,30).
- En formulación antropocéntrica: «estar preocupado de sí mismo es destruirse» (Jn 12,25).
- Recoger, sin embargo, mis intentos de terceras posiciones y disfraces. Mis babilonias, mi segundo Binario, el desperdicio de mociones, el juego con las tretas.

3. Seguir a Jesús es arriesgarse al castigo de los poderosos

- No queda otra alternativa de parte suya.
- Retomar Mc 8,34-38. También Lc 14,25-33. Mis Tres Maneras de Humildad.
- Recoger mi experiencia de cruz en el seguimiento. Pero evitando el peligro de la psicologización o mistificación de la cruz. Percatarme que cruz tiene el connotado de castigo político por subversión. Si le soy fiel, me condenarán los poderes del mundo. El coloquio será el mismo de los Binarios y las Banderas.

XVI. El ciego de nacimiento

El texto a usar será Jn 9,1-38. pedir conocimiento interno del Señor y de cómo vincularnos a Él, implica recibir dones y meternos en problemas por su causa. Cómo tenemos que dispuestos a

defender su actuación en nosotros desde los mismos Ejercicios, escuela de vida. Algunas consideraciones:

1. La acción de Jesús

- Detecta cierta relación entre ceguera y pecado. Pero evade las interpretaciones drásticas y nos abre a considerar la prueba. Él es la luz. Ilumina, no nos encandila.
- Una mediaciones para la curación: barro (nuevo génesis), saliva (signo de vida), piscina, etc.
- Reflectir para sacar algún provecho: ¿de qué manera vivo las pruebas como las mediaciones que se me dan en oración y en vida?

2. La acción del ciego

- Simplemente está ahí. descaradamente desahuciado. Nunca ha visto. Le vino la gracia sin pedirla. Obedece en todo, se deja conducir. Es un pobre, acepta todo.
- Fue, se lavó y volvió con vista.
- Reflectir: ¿soy verdaderamente necesitado ante Dios? ¿me muestro así ante Él?

3. La acción del judío enemigo

- Duda de todo. Mete cizaña, falsas razones. Se comporta como el mal espíritu.
- Reflectir: ¿cuánto dialogo con él? ¿cuánta cabida le doy a sus discursos?

4. La acción del vidente

- Todo es gracia. Todo fue obedecer. Comienza a explicar lo que pasó: él no es la razón de su curación. Evolución. Él me curó. Él es un profeta. Defiende a Jesús y ataca a los judíos. En ese momento Jesús se le revela.
- Reflectir: ¿cómo he defendido la acción de Jesús durante los Ejercicios? ¿cómo definiendo sus gracias, sus mociones?

El coloquio: pedir encontrarlo así, en su defensa, en la lucha contra las tretas que siembran la duda de la acción del Señor. Pedir percatarse de tanto bien recibido. En la misa usar 1Cor 1,18-2,5. Haciendo énfasis en 2 que Dios elige lo necio y lo que no es, para confundir a este mundo. Hacer una relectura de mis defectos y mis debilidades como camino para ser instrumento apostólico para el Señor.

XVII. La experiencia del milagro en mi vida

En esta jornada se pretende tener una experiencia con Jesús, Hijo de Dios. En muchas de nuestras contemplaciones lo hemos considerado principalmente en su humanidad. Esta jornada está dedicada a percibir su fuerza, su «genialidad». Hay que hacer la salvedad que las acciones milagrosas de Jesús nada tienen que ver con lo espectacular. No se usa la palabra griega «teras», sino más bien hace relación a una fuerza activa en Jesús, «dynamis». Por otra parte, esas acciones son siempre anuncio de la llegada del reinado de Dios a los pobres y un triunfo sobre el mal. El milagro manifiesta, hace sensible las potencialidades reales de la naturaleza. Es decir, lo que la naturaleza podrá llegar a ser cuando llegue plenamente el fin de los tiempos. Con el milagro se hace patente, en una zona de la naturaleza o de la persona, lo que será todo cuando Dios reine. En ese sentido, es una anticipación de la escatología.

Pidamos conocimiento interno suyo, para más amarlo y seguirlo. Enamorarme de su genialidad, de su fuerza. Que obtenga confianza en Él, que perciba también esa misma fuerza en las acciones de cambio en mí, en la indomable resistencia del pueblo. Texto a usar: Mt 14,24-36. Algunas consideraciones:

1. Ha terminado la multiplicación y se queda solo

- Dimensión de Jesús. Quizá desconcertado por la acción. Meditando sobre el impacto. Con necesidad de estar solo, de orar, de cotejarlo con el Padre.
- Dimensión de los apóstoles. Emocionados con el milagro. Sintiendo como la flor y nata del movimiento. Maravillados por el suceso, quizás aumentando sus pretensiones.
- Dimensión personal. Yo también he sido partícipe de acciones maravillosas, en la historia, en mi vida. Recordarlas con precisión. Mis consolaciones, mi consigna.

2. Los discípulos están en dificultades: el mar en contra

- Jesús. Siente vivamente la dificultad de sus amigos. Pensará en cada uno de ellos, en cómo estarán reaccionando. Tiene tal vez ansiedad. Decide apoyarlos.
- Los apóstoles. Han perdido el ánimo. Olvidan el milagro que acaban de experimentar. Sólo sienten el peso de la tormenta. No pueden controlar el mar.
- Yo. ante la primera desolación, la primera dificultad, tiendo a ceder, a no dar sobre todo espacio a creer y esperar.

3. Jesús se les acerca y lo creen un fantasma

- Jesús. Su solidaridad es efectiva. Verlo ahí con su capacidad también de superar la fuerza de los elementos.
- Los apóstoles. Tienen miedo. Los desconcierta «esa» presencia de Jesús. No lo conocen en toda su personalidad y genialidad.
- Yo. tampoco yo. A veces, no doy crédito a Dios. Me desconcierta, me asusta.

4. Jesús los calma: «ánimo, soy yo»

- Jesús. Ese es su corazón. Está hecho para dar paz y tranquilidad. Y es el corazón del Dios vivo que puede decir «Yo soy».
- Los apóstoles. Unos creen ya. Otros dudan. Otros quieren más pruebas: Pedro.
- Yo. también suelo exigir más. Siento la invitación y exijo más datos.

5. La osadía de Pedro: «mándame acercarme a ti andando sobre las aguas»

- Jesús. ¿Qué pensará? ¿cómo poder ayudar a ese corazón pusilánime de Pedro?
- Los apóstoles. Pedro cree en la fuerza de Jesús, la escena le recordará el paso por el Mar Rojo, pero quiere sobresalir, por eso pide ir.
- Yo. ¿Cuántas veces también yo pido la gracia, pero sin desearla verdaderamente? ¿sin verdadera fe? «Todo es posible para el que tiene fe» (Mc 9,23). «Si tuvieras una fe sin reservas» (Mt 21,21).

6. La invitación de Jesús: «ven»

- Jesús. La fuerza de su palabra eficaz. Ahí le comunica poder de hacerlo.
- Los apóstoles. Pedro siente la fuerza de la palabra, hace alianzas con ella, pero también con la treta, va a ser mucho el oleaje.
- Yo. ¿Por qué cuando he experimentado algo de Dios no hago alianzas definitivas?

7. La duda de Pedro en las dificultades

- Jesús. Él sentiría dolor. ¿Por qué no me cree? Tanto que le he demostrado.
- Los apóstoles. Pedro ve únicamente los obstáculos. No considera la fuerza de la palabra que lo había puesto a caminar.
- Yo. aunque sienta la fuerza de la moción miro siempre, más bien la fuerza de mis babilonias, de las tretas, de mi pecado: confío en mis propias fuerzas.

8. El grito de Pedro: «sálvame»

- Jesús. El Señor, aunque hubiese estado triste por la desconfianza, no lo abandona. Ahí mismo le tiende la mano. Es solidario. Sabe lo que es sufrir.
- Los apóstoles. Sólo al sentir el ahogo acude otra vez al Señor. Y ya había caminado.
- Yo. Muchas veces me ahogo porque sólo veo mis lastres. En la vida espiritual no son ellos los que cuentan, sino la fuerza del Señor y mi disponibilidad para dejarme llevar por ella.

9. ¿Por qué has dudado?

- Jesús. Una vez pasada la prueba, Jesús quiere que le saquemos provecho. Que recapitemos sobre el pacto nuestro con la duda.

- Los apóstoles. Sin duda, Pedro sentiría el pesar de haber actuado así, estaría avergonzado.
- Yo. ¿Por qué dudo? ¿confío más en mí que en la fuerza de Dios? ¿cuánto influyen mis experiencias del pasado en mi forma de captar las invitaciones de Dios?

10. Se provoca la calma

- Jesús. El Señor da su fruto, es para lo que Él ha venido. Da plenamente sus signos: la paz y calma profunda.
- Los apóstoles. Les parecería increíble. Otra vez se restablece el sentido. Se está cerca del Señor.
- Yo. cuando recibo la consolación entiendo que todo vuelve a ser posible. Ahí me es fácil creer.

11. La adoración de los apóstoles

- Jesús. Sentiría cómo a los hombres nos gusta conocerlo en el triunfo y en la consolación y cómo nos cuesta entenderlo en la cruz y en la oscuridad.
- Los apóstoles. Creen por lo que han experimentado. Es más creer así.
- Yo. Debiera reconocer al Señor por todas las maravillas que ha operado en mí.

12. Le presentan enfermos para ser curados

- Jesús. Otra vez a desvivirse, a curar heridas, a sanar enfermos, anunciando así la predilección del Padre por los débiles.
- Los apóstoles. ¿cómo verían a ese Jesús tan entregado? ¿cómo irían captando su corazón?
- Yo. ¿cuánto he sido curado por Él? ¿por qué no le pido que me cure también, en beneficio de la tarea? ¿cuál ha sido la experiencia de milagro en mi vida? ¿cuánto Dios ha actuado evidentemente? Las gracias y mociones de Dios. Mi propio pozo. Mi capacidad de olvidar beneficios.

Texto complementario puede ser la curación de Lázaro (Jn 11,1-44). Para la misa usar Mc 9,2-13. Haciendo hincapié en cómo el Señor se revela Él mismo en su aspecto más cautivante, en cómo así son las consolaciones y las mociones, en cómo gozamos de tanto milagro, de tanta presencia en nuestra vida. Experiencias de transfiguración suya y de las vidas de los otros, de nuestras propias existencias.

XVIII. Jesús provoca conflictividad

Pedimos conocimiento interno suyo, sobre todo para captar que seguirlo implica aceptar el conflicto en mi vida. Pedir entender que esa conflictividad se desata porque el reinado de Dios es distinto a este mundo y a sus leyes.

1. Jesús conflictivo frente a los poderes establecidos

El Reino de Dios es diferente. Es oposición frente al sistema imperante. Por eso Jesús se presenta contra todos los poderes.

Contra el poder religioso: Jesús en su predicación del Reino, se contrapone a la ideología religiosa judía. El sábado –lo más sagrado e indiscutible– lo conculca sistemáticamente. De ser una institución creada para expresar la libertad del hombre, se convirtió en una esclavitud más. Por eso es ya reo de muerte (Mc 2,23–3,7). El templo, presencia de Yahvé en medio del pueblo, con el comportamiento de Jesús queda minusvalorado (Mc 13,1–2; Jn 4,20–24). Más aún, Jesús prefiere orar en la montaña (Lc 5,16). Su culto es el espíritu y la lealtad (Jn 4,24). Es blasfemo porque se dice Hijo de Dios. Y tiene una relación especialísima con él: Abba (Jn 10,31–38).

Contra el poder económico: sustento de estructuras muy injustas contra la misma ley judía. Además, las injusticia estaba en estrecha relación con lo religioso ya que el templo –donde se amasaba el dinero– era como la banca de Israel. Jesús se encoleriza y arremete contra él (Jn 2,13–17).

Contra el poder social: la falsa idea de familia. La familia, en los tiempos de Jesús era una estructura que podía ser sumamente opresiva. El padre tenía todos los derechos y libertades. La mujer e hijos tenían que vivir en el sometimiento más absoluto. Eso Jesús no lo tolera. Por eso exige separación de la familia (Mt 4,21–27; 10,21). Por otra parte, viene a sublevar el seno familiar (Lc 12,51–53), y anuncia que habrá lucha interna (Mt 10,21). Se necesitan estructuras nuevas, relaciones nuevas.

Contra el poder político: contra los políticos judíos, contra la ocupación romana y el colaboracionismo judío. Episodio de la moneda del César (Mc 12,13–17), donde Jesús «manipula» al dios romano y se burla de él. Jesús es acusado de pretender el poder: «yo soy rey» (Jn 18,37). Aunque su interés no era político, lo que hablaba, decía y era, tenía repercusiones políticas contrarias y conflictivas con el poder establecido. Más aun, escogen a un guerrillero reconocido, Barrabás, antes que a Jesús. Así de peligroso era Él mismo para el sistema.

Contra el mundo: contra el sistema operante. Jesús dice del mundo: «a mí me odian porque de él yo denuncié que su modo de obrar es perverso» (Jn 7,7).

2. Jesús conflictivo frente a las masas

El reinado de Dios implica sacrificio y trabajo, por eso, las masas lo abandonan. Al principio estableció una relación con las masas que era de ayuda y curaciones generalizadas. Las masas –por toda esa ayuda fácil– lo quieren proclamar rey (Jn 6,12–15). Su predicación, con todo, desencanta al pueblo:

- Por la invitación a superar las ideologías étnicas (Lc 2,32: «luz para alumbrar a las naciones»).
- Por la predicación de amor a los enemigos (Lc 6, 27–35).
- Por la invitación, con su ejemplo y predicación, a castrarse por el reinado de Dios, con lo cual escandalizó sobremanera al mundo judío (Mt 19,12).

Él abandona a las masas y se concentra en los discípulos (Mc 9,30-31), quienes también quieren irse, en un momento dado (Jn 6,60-66). Luego, el día de ramos, las masas lo vuelven a aclamar como rey (Mc 11,1-11), porque viene en son de triunfo. Pero en seguida, el pueblo dejándose manipular, lo condena (Mt 27,20-23). La predicación de Jesús no es algo fácil de aceptar. Implica cargar la cruz. Conlleva el sacrificio y la entrega. No tiene nada de espectacular.

3. Jesús es conflictivo para sí mismo

El reinado exige desvivirse, lo lleva a la abnegación. Toda su predicación, todo lo que le ha pasado a Jesús le provoca una crisis personal: ¿quién soy yo? (Mc 8,27). Continúa visualizando la muerte como horizonte. Se hace más evidente que hay que morir para dar la vida (Mc 9,30-32). Esto le produce zozobra a Él y a sus discípulos (Mc 10,33). Es evidente que había una conspiración contra Él (Mc 14,1-2; Jn 9,45-54).

4. Lo conflictivo de Jesús en mi vida

¿Qué es lo que no entiendo de Jesús? ¿qué es lo que me molesta de su manera de ser? ¿qué es lo que me crea conflictos personales? ¿qué es lo que me los planteará en el futuro? Repetir el coloquio de las Banderas y de los Binarios. Es conveniente seguir pidiendo la consigna. Asimismo, retomar en el coloquio la Tercera Manera de Humildad. Para la contemplación se puede usar Jn 7; la fiesta de las tiendas. En la misa, comenzar el acto penitencial pidiendo perdón al Señor por esas dimensiones tuyas que nos cuesta aceptar. Por desvirtuar, en ese sentido, la imagen total que nos quiso dar. El evangelio se toma de Jn 10, 22-39.

Hacer énfasis en la zozobra que se nota en Jesús, en los conflictos que le toca vivir, en la continua exposición a la muerte. Hacer ver que nosotros, en la medida en que seamos fieles a su evangelio, tendremos que enfrentar el conflicto. No es que deseemos lo conflictivo en sí, sino que luchando por el Reino, aceptamos algo que viene concomitantemente con su aceptación, entrar en confrontación con el mundo.

Ahora bien, todo esto lo viviremos desde los frutos de la resurrección, desde la paz que es lo que sí nos ha prometido siempre para sobrellevar la tarea.

XIX. Jesús en quien creo

El objetivo es recapitular lo que ha sido dado y el lugar donde he sido puesto en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesús, sobre todo desde el comienzo de los Ejercicios. Es una gran repetición. Se trata de recoger también lo que he conocido de Él, por el «modo» de conducirme. Es importante tener presente la dinámica de esta semana ofrecida en el comienzo de la misma. La petición será sentir la alegría de estar enamorado de Jesús y de su tarea.

1.Cuál es la imagen que tengo de Jesús

Hacer un esbozo de su personalidad. Destacar lo más importante, jerarquizar los elementos. Su lógica: muerte-vida, ¿cómo la he captado? Lo que más me gusta. Lo que menos me

atrae. Lo que Él me ha revelado de mí mismo. El autoconocimiento. ¿Cómo ha crecido mi pozo, dónde me he conocido más, qué manejo de mis heridas, de mis mecanismos de defensa, de mis compensaciones, qué nuevos retos se ofrecen de autoconocimiento y de proceso personal?

2. Cómo se me ha revelado más el Señor

Recordar las mociones más señeras. Las consolaciones, también las pruebas. Las tácticas y estrategias de Dios. Cómo, a través de todo ello, me quiere comunicar algo muy cuyo: su modo de conducirme. Esta también en la Segunda semana: como perdonador y lleno de misericordia.

3. Cuáles son sus exigencias que más me atañen

Revisar la invitación del Reino, las Banderas, los Binarios, las Tres Maneras de Humildad. La radicalización del llamado. Repensar mi consigna y mi relación con Jesús, especialmente mi decisión a seguirlo: ¿en qué momento estoy? Mi reacción a sus mociones. Mi defensa de su gracia en oración. Las pequeñas historizaciones, ¿cómo voy concretando la decisión de cambio? La lucha contra el mal: hacer un análisis de las tretas (de la Primera y Segunda semanas) y de mi comportamiento.

4. Cuáles son sus milagros patentes en mi vida

Recoger mi experiencia de su «genialidad» y de su dynamis. Mi experiencia de ser curado y cambiado por Jesús. La experiencia de pecador perdonado. Cosecha de las diversas mociones de la Segunda semana. La formulación, la expresión (el lenguaje de Dios) y el derrotero. Mi capacidad de dar gracias.

5. Jesús en quien creo

Escribir una página bien trabajada en la que refleje al Jesús en quien creo. El Jesús que se me ha revelado. Algunos textos que pueden ayudar:

- Hch 5,41: «contentos de haber recibido aquella ignominia»
- Hch 21,13: «dispuestos a morir por el nombre del Señor»
- Rom 8,35: «¿quién podrá privarnos del ese amor?»
- 1Cor 1,9: «fiel es Dios, y Él los llamó»
- Gál 1,11-15: «me escogió desde el seno de mi madre»
- Gál 2,20: «ya no vivo yo, vive en mí el Mesías»
- Ef 3,14-21: «para que el Mesías se instale por la fe»
- Flp 1,21-26: «porque para mí vivir es Cristo»
- Col 1,19: «Dios, la plenitud total, quiso habitar en Él»
- 2Tim 1,12: «sé en quien he confiado y estoy firmemente persuadido»
- 2Tim 2,8-31: «acuérdate siempre de Jesús... si morimos con Él»
- Heb 2,18: «pues por haber pasado Él la prueba del dolor»

- 1Pe 1,8-9: «a quien amamos sin haber visto»
- 1Jn 1,1-14: «lo que hemos visto y oído de la Palabra»
- Ap 3,20: «mira que estoy a la puerta»
- Ap 22,17 : «¡Ven Señor Jesús!»

Durante la misa utilizar Ap 3,14-22. Insistir en que Jesús se nos presenta siempre cálido, invitando, pero retante. No resiste los compromisos a medias, menos aún, sentirnos pagados de nosotros mismos. Nos invita a cambiar –y de forma sacramental–, es decir, con signos que pongan eficacia a lo significado: comprar el oro acendrado es cambiar todo por la perla –imagen del Reino–, ponerse el vestido propio para ese banquete y poder ver con su propia lucidez. Luego algo que es casi una orden: «sé ferviente y cambia». Después se coloca como quien suplica, como quien está necesitado de que se le acoja. Allí vendrá la participación total con Él. Todo esto en un contexto de lucha pascual. Es una batalla donde saldremos vencedores por su apoyo y su fuerza.